

217(866)
c749

FLORILEGIO SAGRADO

Congregación de la Adoración Perpetua

de los

Sagrados Corazones

Quito, Junio 19 de 1914.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

1456 AÑO 1988

DONACION



0000238 - D

Tipografía de la "Prensa Católica".

Quito, 19 de Junio de 1914.

Puede publicarse,

† *El Arzobispo.*

000000



ACTOS CRISTIANOS

QUE PUEDEN HACERSE DEVOTAMENTE

TODOS LOS DÍAS

POR LA MAÑANA

OMNIPOTENTE y sempiterno Dios, humildemente postrado ante vuestra Divina Majestad, con el más profundo respeto, os adoro y reconozco como a mi supremo Señor, principio y fin de todas las cosas.

Creo como verdad infalible, porque Vos lo habéis revelado, que sois Uno en la

esencia y Trino en las personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo: creo que la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, se hizo hombre en las purísimas entrañas de María Virgen; murió en una cruz, resucitó y subió a los cielos, de donde ha de venir al fin del mundo a juzgar a todos y dar a los buenos el paraíso y a los malos el infierno: creo firmemente cuanto cree y enseña la santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, y estoy pronto a derramar hasta la última gota de sangre en su defensa.

Espero en vuestra misericordia y fidelidad, que, por los méritos de Jesucristo, me daréis la gloria del cielo que me habéis prometido, si hago obras de buen cristiano, lo cual propongo hacer mediante vuestra santa gracia.

Os amo, oh sumo y perfectísimo Bien, sobre todas las cosas, y quisiera amaros cuanto os aman los ángeles y santos del paraíso, y así mismo amo a mi prójimo, por amor vuestro, como a mí mismo, y perdono sinceramente todas las injurias que me han sido y serán hechas.

Os doy gracias de todo corazón por haberme criado, redimido y llamado a la santa fe, y por todos los beneficios que de Vos he recibido y continuamente recibo.

Os consagro mi alma y cuerpo con todos los pensamientos, palabras, obras y sufrimientos de este día y de toda mi vida, en unión de las más puras y sublimes intenciones que tuvieron Jesús y María y todos los santos del cielo.

Tengo intención de asistir con el espíritu a todas las Misas que hoy se celebren en el mundo católico, y de ganar todas las indulgencias posibles para mí y para las benditas almas del purgatorio.

Dios mío, porque sois infinitamente bueno, me arrepiento y duelo con todo el corazón de haberos ofendido, y propongo firmísimamente, ayudado de vuestra gracia, no ofenderos más y huír de la ocasión próxima de pecado.

Recibid, oh Señor, esta mi pobre alma en sacrificio, bendecidla, inflamadla toda

en vuestro santo amor, y enriquecedla de todas las virtudes, y en particular del dón de la perseverancia final.

Los mismos beneficios os pido para mis padres, parientes, amigos y enemigos, y para todos en general, como también ruego por la exaltación de la Santa Iglesia católica, por la paz entre los gobiernos cristianos, por la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos, a fin de que de nadie más seáis ofendido; pero sí de todos reconocido, amado y glorificado por todos los siglos de los siglos.

Me acojo dentro de las llagas de Jesucristo mi Redentor. Escondedme en ellas y defendedme, Jesús mío, a fin de poderos ver por toda la eternidad en la patria celestial. Amén.

Se reza un Padre Nuestro, Ave María y Gloria a nuestro Padre San Francisco, otro al santo Angel de nuestra guarda y un tercero al Santo del propio nombre.

— 7 —
OFRECIMIENTO

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco todo a Vos, y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día, para siempre, mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh Madre de bondad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Bendición.

¡Oh Madre mía amantísima! Guardad a este hijo vuestro que tiene puesto en Vos su amor y confianza, y no permitáis que ofenda a vuestro divino Hijo con ninguna culpa. Dadme para conseguir esta gracia vuestra maternal bendición.

Y. Ave María Santísima.

R. Sin pecado concebida.

Y. Ave María purísima.

R. Sin pecado concebida.

Y. Ave María castísima.

R. Sin pecado concebida.



ORACION

EN FAVOR DE LA PRENSA CATOLICA



SOBERANO Dios y Señor que habéis amado tanto al hombre caído, que le disteis a vuestro Hijo Unigénito para levantarlo y hacerlo merecedor de la gloria eterna: Yo os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, en unión de los méritos de la Preciosísima Sangre, para pedirlos que protejáis y perfeccionéis la Prensa Católica, que con tanto celo trabaja por la salvación de las almas.

Destruíd, Señor, esa prensa malvada y corruptora que como torrente

inagotable de veneno, arroja sobre el mundo toda clase de errores e impurezas. Despertad e iluminad a los católicos tibios que favorecen ya directa, ya indirectamente, al enemigo: haced que vean la trascendencia de su lamentable abandono.

Y envidad vuestras gracias especiales a los campeones de esta nueva Cruzada para que, cada vez con más fervor, luchen por conseguir que reinéis en todos los corazones.

Os lo pido por la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre Vuestra y Corredentora de los hombres.

El Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Quito concede cien días de indulgencias, por una vez al día, a todo el que rezare esta oración.





AL PRINCIPIO DE LA MISA

*In nomine Patris et Filii et Spiritus
Sancti. Amen.*

En vuestro santo nombre, ¡oh adorable TRINIDAD! Para rendiros el culto, adoración y honor que os son debidos, asisto a este santo y augusto sacrificio.

Permitidme, Divino Salvador, que yo una mi atención a la del Ministro de vuestro altar, para que pueda ofrecer la preciosa víctima de mi salud, y dadme los sentimientos que debiera haber tenido en el Calvario, si hubiera asistido al sacrificio sangriento de vuestra Pasión.

CONFITEOR DEO

Delante de Vos, me acuso, Dios mío, de todos los pecados que he cometido. Yo los detesto en presencia de María, la más pura de todas las Vírgenes y de todos los Santos y bienaventurados del Cielo, porque he pecado en pensamientos, palabras, acciones y omisiones, por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Por lo cual, ruego a la Santísima Virgen y a todos los Santos, se dignen interceder por mí.

Señor, escuchad favorablemente mi súplica, y concededme la indulgencia, la absolución y el perdón de todos mis pecados.

KYRIE, ELEISON

Divino Criador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos.

Padre misericordioso, tened compasión de vuestros hijos.

Autor de nuestra salud, sacrificado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra Preciosa Sangre.



Amable Salvador, dulce Jesús, compadécete de nuestras miserias, perdónanos nuestros pecados.

ORACIÓN

Concedednos, Señor, por la intercesión de la Santísima Virgen y de los Santos que nosotros honramos, todas las gracias que vuestro Ministro os pide para él y para nosotros. Uniéndome a él, os hago la misma súplica por todos aquellos por quienes estoy obligado a pedir, para que a ellos y a mí nos concedáis todos los auxilios que Vos sabéis nos son necesarios, a fin de obtener la vida eterna; en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

EN LA EPÍSTOLA

Mi Dios, Vos me habéis llamado al conocimiento de vuestra santa ley, prefiriéndome a tantos pueblos y naciones que viven en la ignorancia de vuestros sagrados ministerios. Yo acepto con todo mi corazón esta divina ley, y escucho con respeto los sagrados oráculos que Vos habéis

pronunciado por la boca de vuestros Profetas yo los venero con toda la sumisión que es debida a la palabra de Dios, y veo el cumplimiento de ellos con toda la alegría de mi alma.

¡Que no tenga yo, mi Dios, un corazón semejante al de los Santos de vuestro antiguo testamento! Que no pueda yo desearos con el ardor de los Patriarcas; conoceros y reverenciaros como los Profetas, amaros y unirme únicamente a Vos como los Apóstoles.

AL EVANGELIO

Ya no son, ¡oh mi Dios! los Profetas ni los Apóstoles quienes van a instruírme de mis obligaciones. Es vuestro Hijo único, es su palabra misma la que voy a oír. ¡Mas ah! ¿De qué me servirá haber creído que es vuestra palabra, Señor, Jesús, si no obro yo conforme a mi creencia? ¿De qué me servirá cuando perezca delante de Vos, el haber tenido la fe sin el mérito de la caridad y las buenas obras?

Yo creo y vivo como si no creyera, o como si creyera en un Evangelio contrario al vuestro. No me juzguéis ¡oh mi Dios! sobre esa perpétua oposición que hay entre nuestras máximas y mi conducta. Yo creo, pero inspiradme valor y fuerza para practicar lo que creo. Todo, Señor, será para gloria vuestra.

AL OFERTORIO

Padre infinitamente Santo, Dios Todo poderoso y Eterno, por indigno que sea yo de parecer delante de Vos, me atrevo a presentaros esta Hostia por las manos del Sacerdote, con la intención que tuvo Jesucristo mi Salvador cuando instituyó este sacrificio, y que aun tiene en el momento que se sacrifica aquí por mí.

Yo os lo ofrezco para reconocer vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas; os la ofrezco por la expiación de mis pecados, y en acción de gracias por todos los beneficios de que me habéis llenado.

Yo os ofrezco, en fin, mi Dios, este augusto sacrificio, a fin de obtener de vuestra infinita bondad, para mí, para mis parientes, para mis bienhechores, mis amigos y mis enemigos, aquella preciosa e inestimable gracia que no puede sernos concedida sino por los méritos de Aquel que es justo por excelencia y que se hizo víctima de propiciación por todos.

Más, ofreciendo esta adorable víctima os encomiendo ¡oh mi Dios! a toda la Iglesia Católica, a nuestro Santísimo Padre el Papa, a nuestro Obispo diocesano, a los que nos gobiernan, y a todos los pueblos que en Vos creen.

Acordaos también Señor, de los fieles difuntos, y en consideración de los méritos de vuestro Hijo, dadles un lugar de refrigerio, de luz y de paz.

No olvidéis, mi Dios, a vuestros enemigos y a los míos: tened piedad de todos los infieles, de los herejes y de todos los pecadores: llenad de bendiciones a aquellos que me persiguen, y perdonadme mis pecados, como yo les perdono todo el mal que me hacen o que quieran hacerme. Amén.

EN EL PREFACIO

Este es el feliz momento en que el Rey de los Angeles y de los hombres va aparecer. Señor, llenadme de vuestro espíritu, y mi corazón desarraigado de la tierra no piense sino en Vos. ¿Qué obligación no tengo yo de alabaros y bendeciros en todos los tiempos y en todo lugar, Dios del Cielo y de la tierra, Señor infinitamente grande, Padre Omnipotente y Eterno?

Nada es más justo, ni más provechoso para nosotros, que unirnos a Jesucristo para adoraros continuamente. Él es por quien todos los espíritus bienaventurados rinden sus alabanzas y adoraciones a vuestra Majestad, y por quien todas las virtudes del Cielo, sobrecojidas de una respetuosa admiración, se unen para glorificaros. Permitid, Señor, que nosotros juntemos nuestras débiles lenguas a las de aquellas santas inteligencias, y que de concierto con ellas digamos arrebatados de alegría y de asombro.

SANCTUS

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Todo el universo está

lleno de su gloria. Bendíganle los bienaventurados en el Cielo. Bendito sea el que nos viene a la tierra, Dios y Señor, como el que le envía.

EN EL CANON

Nosotros os pedimos encarecidamente, en el nombre de Jesucristo vuestro Hijo, ¡oh Padre infinitamente misericordioso! que tengais por agradable y bendigais la ofrenda qua os presentamos, a fin de que querais conservar, defender y gobernar vuestra santa Iglesia Católica, con todos los miembros que la componen, el Papa, nuestro Obispo, nuestros gobernantes; y generalmente todos aquellos que hacen profesión de nuestra santa fé.

Nosotros os encomendamos en particular, Señor, a aquellos por quienes la justicia, la caridad y el reconocimiento nos obligan a pedirlos; a todos los que están presentes a este adorable sacrificio, y singularmente por N. y N. y a fin, ¡oh gran Dios! de que nuestros cultos os sean más agradables, nos unimos a la gloriosa María

siempre Virgen, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo; á todos los bienaventurados Mártires, y á todos los Santos y Santas del Paraíso celestial.

¡Que no tenga yo en este momento, oh mi Dios, los deseos inflamados con que los Santos Patriarcas deseaban la venida del Mesías! ¡Que no tenga yo su fé y su amor! Venid, Señor Jesús, venid amable reparador del mundo: venid á perfeccionar un misterio que es el compendio de todas vuestras maravillas. Ya viene el Cordero de Dios: vé aquí la adorable víctima por quien todos los pecadores del mundo son perdonados.

EN LA ELEVACIÓN

DE LA HOSTIA

Verbo encarnado, divino Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre: yo creo que estais aquí presente: yo os adoro con humildad: yo os amo con todo mi corazón; y como Vos venís aquí por mi amor, yo me consagro eternamente al vuestro.

EN LA ELEVACIÓN

DEL CAUZ

Yo adoro esta preciosa sangre que Vos habéis derramado por todos los hombres, y espero ¡oh mi Dios! que no la habréis vertido inútilmente por mí: hacedme la merced de aplicarme los méritos de ella, yo os ofrezco la mía, amable Jesús, en reconocimiento, de aquella infinita caridad que habéis tenido de dar la vuestra por mi amor.

EN LA CONTINUACIÓN

DEL CANON

¿Cuál sería, pues, en adelante mi malicia y mi ingratitud, si después de haber visto lo que estoy viendo volviera a ofenderos? No mi Dios: yo no olvidaré jamás lo que Vos me representáis por esta augusta ceremonia: los sentimientos de vuestra pasión: vuestro cuerpo todo despedazado: vuestra sangre derramada por nosotros, realmente presente a mis ojos sobre este altar.

Ahora es cuando ¡oh eterna Majestad! nosotros ofrecemos, por vuestra gracia, verdadera y propiamente la víctima pura, santa y sin mancha que os ha agradado darnos, y de quien todas las otras no eran sino una figura. Sí, gran Dios, nosotros nos atrevemos a decir que este es mayor que los sacrificios de Abel, de Abrahaam, de Melquisedec; la sola víctima digna de vuestro altar, nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, el único objeto de vuestras eternas complacencias.

Permitid mi Dios, que todos los que con la boca o con el corazón participando esta sagrada víctima, sean llenos de su bendición, y que esta bendición se extienda a las almas de los fieles que murieron en la paz y comunión de la Iglesia, y particularmente por las almas de N. y N, concededles, Señor en vista de este sacrificio, la libertad entera de sus penas.

Dignaos conceder algún día esta gracia a nosotros, Padre infinitamente bueno, y hacednos entrar en compañía con los Santos Apóstoles, los Santos Mártires, y todos los demás bienaventurados, a fin de que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos.

AL PATER NOSTER

¡Qué feliz soy yo, oh Dios mío, de teneros por Padre! ¡Cuánta es mi alegría al pensar que el Cielo en que Vos estáis sentado, debe ser un día mi morada. ¡Glorificado sea vuestro Santo Nombre por toda la tierra. Reinad absolutamente sobre todos los corazones y sobre todas las voluntades. Conceded a vuestros hijos el alimento del espíritu y del cuerpo. Nosotros perdonamos de corazón a nuestros enemigos: perdonadnos también, mi Dios, sostenednos en las tentaciones y en los males de esta miserable vida, y preservadnos del pecado, el mayor de los males. Amén.

EN EL AGNUS DEI

Cordero de Dios, sacrificado por mí, tened piedad de mí. Víctima adorable de mi salud, salvadme. Divino mediador, obtenenme de vuestro Eterno Padre la gracia, y dadme vuestra paz.

EN LA COMUNIÓN

¡Cuán dulce me sería, mi amable Salvador, ser del número, de aquellos dichosos



cristianos, a quienes la pureza de conciencia y una eterna devoción, permiten acercarse todos los días a vuestra santa mesa!

¡Qué ventaja para mí, si yo pudiera en este momento poseeros en mi corazón, rendiros mis obsequios, exponeros mis necesidades y participar de las gracias que hacéis a aquellos que realmente os reciben! Mas, pues, yo soy tan indigno, suplid ¡oh mi Dios! la indisposición de mi alma: perdonadme todos mis pecados; yo los detesto, porque ellos os desagradan: recibid el sincero deseo que tengo de unirme a Vos: purificadme con vuestra presencia, y ponedme en estado de recibirlos cuanto antes.

Esperando este feliz día os pido encarecidamente, Señor, me hagáis participante de los frutos que la comunión del Sacerdote debe producir en todo el pueblo fiel que está aquí presente, aumentad mi fé por la virtud de este divino Sacramento: fortificad mi espíritu; acrisolad en mí la caridad: llenad mi corazón de vuestro amor, a fin de que no respire más que a Vos, y que no viva más que por Vos.

EN LAS ÚLTIMAS ORACIONES

Vos acabáis ¡oh Dios mío! de sacrificaros por mi salud, yo quiero sacrificarme por vuestra gloria. Yo soy vuestra víctima, no me desechéis. Yo acepto con todo mi corazón los trabajos que os agradare enviarme: yo los recibo de vuestra mano, y así os bendigo y os glorifico.

Yo he asistido, mi Dios, a vuestro divino sacrificio. Vos me habéis llenado de vuestros favores. Yo huiré con horror de las menores manchas del pecado; sobre todo, de aquella que mi inclinación me arrastra con más violencia. Yo seré fiel a vuestra ley, y estoy resuelto a perderlo todo y a padecer cuantos males haya, antes que quebrantarla.

EN LA BENDICIÓN

Benedicid ¡oh mi Dios! estas santas resoluciones: bendecidnos por la mano de vuestro Ministro.—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

EN EL EVANGELIO ÚLTIMO

Verbo divino, Hijo único del Padre, luz del mundo, que bajasteis del Cielo para

mostrarnos y enseñarnos el camino de él; no permitáis que yo me parezca a aquel pueblo infiel, que no quiso reconoceros por Mesías; no sufraís que yo caiga en la misma ceguedad que aquellos infelices, que quisieron más ser esclavos de Satanás, que tener parte en la gloriosa adopción de hijos de Dios, que Vos vinísteis a procurarles.

Verbo hecho carne, yo os adoro con el respeto más profundo, y pongo mi confianza en Vos, esperando firmemente que pues, Vos sois mi Dios, y un Dios que se hizo hombre por salvar a los hombres, me concederéis las gracias necesarias para santificarme y poseeros eternamente en el Cielo.

·ACCIÓN DE GRACIAS

Señor, yo os doy gracias por la merced que me habéis hecho, permitiéndome hoy asistir al Sacrificio de la Santa Misa, prefiriéndome a tantos otros que no han tenido la misma felicidad, y os pido perdón por todas las faltas que he cometido, por la disipación y tibieza de que me he dejado llevar en vuestra presencia. Que

este sacrificio, ¡oh mi Dios! me purifique de lo pasado, y me fortifique para en adelante a las ocupaciones a que vuestra Majestad me llama. Me acordaré todo este día de la merced que me acabais de hacer, y procuraré no formar palabra, acción, deseo ni pensamiento que me haga perder el fruto de la Misa que acabo de oír: esto propongo con el socorro de vuestra santa gracia. Amén..





CONFESION

ORACIÓN PREPARATORIA

Señor, vengo a vuestra presencia para confesar mis pecados y recibir vuestras misericordias, descubriré mis flaquezas y las fragilidades de mi alma a los Ministros y médicos que habéis establecido para curarlas. Recibid, pues ¡oh suavísimo y amabilísimo Salvador! única esperanza de mi alma, recibid la confesión sincera de mis culpas. Dad a mi corazón una santa contrición para llorar día y noche mis pecados. He pecado, Señor, contra Vos; lo confieso lleno de dolor. Ya veo lo que yo soy, pero también sé lo que Vos sois. Yo no soy sino miseria y pecado; Vos sois todo bondad, todo santidad ¿Qué podré.

yo hacer, Señor, sino recurrir a vuestra bondad infinita? Ninguno de cuantos esperan en Vos es confundido; Vos no desecháis jamás a los que se convierten a Vos. Yo recurro a Vos, Salvador mío; vengo a Vos, y me acojo bajo vuestra misericordia. Hijo pródigo soy, me vuelvo a Vos, Padre amantísimo; oveja descarriada, vengo a vuestro redil, al atractivo de vuestros silbos amorosos. Pastor divino, recibidme, introducidme en el seno de vuestro amor para nunca jamás separarme de Vos. Os pido, en fin Señor, con gemidos de un corazón contrito y humillado me perdoneis todos mis pecados; estirpéis de mi corazón las raíces de los vicios y adornéis mi alma con vuestra gracia, enriqueciéndola con todas las virtudes para agradaros, temeros y servirlos por todos los siglos. Amén.

NO CALLES PECADOS EN LA CONFESIÓN

¿Por qué tienes vergüenza, pobre alma?... Léeme sin miedo, que no quiero asustarte con las terroríficas visiones de condenados, que talvez has leído y oído en devocionarios y sermones. Harto in-

tranquila y temerosa vives, arrastrando ya en esta vida cadenas infernales! Pobrecita! Cuántas veces te has acercado al confesonario con ánimo de descubrir tus llagas a quien las puede curar, y te has alejado de él con el corazón más llagado todavía! Ten confianza, que yo te diré cómo puedes salir fácilmente de tan triste estado. He visto llegar a mis pies tantas almas infelices como tú, y las he visto levantarse consoladas, mezclando sus lágrimas de gozo con las más!

· Talvez lo que te asusta no es confesar tus pecados, sino decirselo al confesor que te conoce y tiene buena fama de tí. Pues muy sencillo: vete con otro, sin que él lo note. Cuando vuelvas al tuyo, no tienes obligación de decirle cuánto tiempo hace que te has confesado, ni de darle a entender que has ido con otro. Puedes decirle, por ejemplo, que hace ocho días que te confesaste, aunque haga solo cuatro; pues es verdad que hace ocho te confesaste con él. Vete pues con otro confesor que no te conozca, y comienza por decirle: padre, tengo vergüenza. Con eso ya le tienes ganado en tu favor: no tengas

miedo de que te riña. Ni tendrás necesidad de decir tú misma las palabras que tanto te cuestan: él te lo irá sacando todo; no tendrás necesidad de decir más que sí.

Y probablemente resultará, que lo que tú creías un pecado gravísimo y lo que en efecto ha sido causa de muchos gravísimos sacrilegios, no era mas que un pecado de los que hemos cometido casi todos; que a tí te ha dado más vergüenza el confesarlo porque eras más inocente y pudorosa; acaso era sólo pecado venial: acaso ni pecado siquiera!

Y después nadie, absolutamente nadie, sabrá tu pecado; porque el confesor a nadie puede decirlo, ni darlo a entender, (a no ser que tú espontaneamente se lo permitas), sin exponerse a gravísimas penas temporales y eternas. Y ¿para qué ha de exponerse a penas tales por revelar pecados que a nadie interesan, como probablemente serán los tuyos? Y además ¿cómo ha de descubrirte si no te conoce, ni aun de vista, pues bien puedes confesarte de modo que no te des a conocer?

Pero tú vives talvez donde no hay facilidad para confesarse, sino con un sacerdote muy conocido, y ese pecado que callas le interesa especialmente a él, y dado su caracter irascible tendrás que escuchar una fuerte reprensión. Sea todo como lo dices. Pero si tanto te asusta el oír la reprensión que un hombre te dirige en secreto ¿qué será el oír la sentencia que Jesucristo Dios, Juez de vivos y muertos, lance contra tí el día del juicio, delante del universo todo? Porque (piénsalo bien) no hay otro remedio: o lo confiesas o te condenas

Mas no te asustes; que si sigues los consejos que antes te he dado, fácilmente te confesarás bien con cualquiera. Lejos de reñirte, cualquier sacerdote se compadecerá de tí si comienzas por decirle que tienes mucha vergüenza. ¿Quiéres saber lo que sienten los confesores en casos semejantes al tuyo que por desgracia ocurren con harta frecuencia? Siente mucha lástima de que el demonio haya engañado por tanto tiempo a un alma, por otra parte tan buena, mucha cariño a quien les descubre confiadamente las llagas que ha

ocultado a otros, la alegría del pastor que encuentra la oveja descarriada, que es uno de los mayores consuelos con que Dios endulza las amarguras de la vida sacerdotal. Eso es a lo menos lo que nosotros sentimos y lo que hemos oído y leído que sienten otros sacerdotes. Verdad es que quisiéramos gravar en nuestra memoria los nombres de esas almas que nos han descubierto sus pecados ocultos, porque las apreciamos, como aprecia el militar la presa que con sus manos ha arrancado al enemigo; porque las amamos como a hijas, que han recibido por nuestro medio la vida de la gracia; que quisiéramos conocerlas para tratarlas en adelante con más delicadeza y cariño, por si quieren seguir confesándose con nosotros: pero nos es las más veces imposible, porque son tantas las que tienen parecida historia, que si ellas no nos la recuerdan, luego se nos olvidan y confunden.

Pero ya vemos que no bastarán las suaves reflexiones que te hemos hecho, ni las fuertes, que muchas veces has oído y leído, para que acabes de rendirte. No te desanimes por eso, pobre alma! Es que sin

la gracia de Dios nada podemos; pero en cambio con ella lo podemos todo... Y es tan fácil alcanzarla. Basta que la pidamos de veras para obtenerla infaliblemente. Palabra de Jesucristo es, y antes que ella falte faltarán los cielos y la tierra. «Pedid, (nos ha dicho) y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán». Pedid con frecuencia la gracia, buscadla con empeño, como cosa que tanto os interesa; llamad a la puerta del Corazón Divino, poniendo por intercesora a la Santísima Virgen, Madre y Abogada de los pobres pecadores.

Un ejemplo entre mil que pudieran contarse: En el *Propagateur* de Junio de 1908 leí el artículo intitulado «Un milagro de la Gracia Divina»: de idéntica manera he obtenido yo la gracia de la conversión. Dos años hace que por la práctica de rezar diariamente los Tres Ave Marías, llegue a confesarme como es debido, cosa que en toda mi vida jamás había hecho. Desde mi infancia y hasta la edad de 34 años, confesándome y comulgando con frecuencia, ocultaba pecados graves, sobre todo contra el sexto mandamiento.

Después de un año de practicar la devoción de las Tres Ave Marías, me confesé como jamás lo había hecho, sin darme cuenta, y desde entonces no he vuelto a caer en pecado mortal». Después de copiar este ejemplo de una carta a él dirigida, continúa Fr. Juan Bautista, en el Manual de las Tres Ave Marías, de donde hemos tomado estas palabras: Cuántos hechos análogos podríamos citar, que nos han garantizado con su testimonio celosos sacerdotes y misioneros!»

Si no te decides a confesarte me contento con que saques por fruto de la lectura de esta hoja, rezar todos los días y todas las noches tres Ave Marías, para que la Virgen Santísima te libre de esa vergüenza que te ahoga.

ORACIÓN PARA DESPUÉS DE LA
CONFESIÓN

¡Oh Dios mío! yo celebraré eternamente la misericordia que habéis hecho resplandecer sobre mí, porque Vos sois el que perdonáis todos mis pecados, el que me renováis como el águila, y redimís mi

vida de la eterna muerte. Mi alma os bendice y os bendecirá eternamente por ello, y no olvidará jamás tantas gracias como le habéis hecho. ¿No debo yo, Señor, estar enteramente sujeto a vuestra voluntad, después de haber experimentado tan grandes efectos de vuestra misericordia? Por tanto, ¡oh dulce Salvador de mi alma! he jurado y hecho un firme propósito con el auxilio de vuestra gracia, de guardar vuestros mandamientos soberanamente justos.



Ejercicios para antes de la Comunión

Señor, cuando pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y me hallo confuso.

Porque si no me llego a tí, huyo de la vida; y si indignamente me atrevo, incurró en tu ofensa.

¿Pues qué haré, Dios mío, ayudador mío, consejero mío en las necesidades?

Enséñame tú el camino derecho; proponme algún ejercicio conveniente para la sagrada comunión.

Porque es útil saber de que modo deba yo preparar mi corazón devotamente y con reverencia, para recibir saludablemente tu sacramento, o para celebrar tan grande y divino sacrificio.



ORACIONES

PARA RECIBIR DIGNAMENTE

LA SAGRADA COMUNION



ORACION PREPARATORIA

A MARIA SANTISIMA

Virgen Santísima, yo os suplico por la devoción y pureza con que recibisteis en vuestras virginales entrañas al Hijo de Dios, me alcancéis que yo le reciba dignamente en mi alma. Haced Señora, que yo me deshaga en lágrimas, senti-



miento y dolor de haber ofendido a un Dios tan bueno.

ACTO DE FE

Dios del cielo y de la tierra, Salvador de los hombres: ¡que Vos vengáis a mí, y que tenga yo la felicidad de recibirlos! ¿Quién pudiera creer un prodigio semejante, si Vos mismo no lo hubierais dicho? Sí Señor, yo creo que Vos mismo sois a quien voy a recibir en este Sacramento: Vos mismo sois, quien habiendo nacido en un pesebre, quisisteis morir por mí en la cruz, y que tan glorioso como estáis en el Cielo, estáis oculto bajo los accidentes de pan y vino.

Yo lo creo, mi Dios, y estoy seguro como si lo viese con mis propios ojos. Créolo porque lo habéis dicho, y yo adoro vuestra santa palabra. Yo lo creo; y a pesar de lo que mis sentidos y mi razón pueden decirme, renuncio a mis sentidos y a mi razón para cautivar me bajo la obediencia de la fe.

Yo lo creo, y si fuese necesario sufrir mil muertes por la confesión de esta verdad, ayudado de vuestra gracia ¡oh mi Dios! las padecería antes que desmentir sobre este punto mi creencia y mi religión.

Cierto, tú crees el Dios oculto, el Dios Salvador.

Lo creo, Señor, ayuda mi credulidad.

ACTO DE HUMILDAD

¿Quién soy yo? ¡Oh Dios de gloria y de Majestad! ¿Quién soy yo para que os dignéis poner en mí los ojos? ¿De dónde me viene este exceso de felicidad, que mi Señor y mi Dios quiera venir a mí? ¿A mí, pecador, gusano de la tierra, más despreciable que la misma nada, acercarse un Dios tan Santo? Comer el pan de los Angeles? ¿Alimentarme con una carne divina? ¡Ah Señor! yo no lo merezco: yo no seré nunca digno de tanto honor.

Rey del Cielo, autor y conservador del mundo, Monarca universal, nada soy de-

lante de Vos, y quisiera humillarme profundamente por vuestra gloria, como Vos os humilláis en este Sacramento por mi amor. Yo confieso con toda la humildad posible, así vuestra soberana grandeza, como mi extrema bajeza. La consideración de la una y de la otra me arroja en una confusión, que no puedo explicar, ¡oh mi Dios! Solamente diré con una humilde sinceridad, que soy indigno de la merced que os dignáis de hacerme hoy.

¿De dónde a mí esto?

Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada.

ACTO DE CONTRICIÓN

¿Vos venís a mí? ¡Oh Dios de bondad y misericordia! ¡Ah! mis pecados deberían más bien alejaros de mí. Pero yo los aborrezco en vuestra presencia, ¡oh mi Dios! Sentido por el disgusto que me han causado, tocado de vuestra infinita

bondad, y resuelto sinceramente a no cometerlos más, los detesto con todo mi corazón, y os pido humildemente perdón. Perdonádmelos, mi Padre, mi amable Padre, pues me amáis, hasta permitir que me acerque hoy a Vos.

Yo estoy ya lavado, como lo espero, por el Sacramento de la Penitencia: lavadme aún más, Señor, purificadme de las menores manchas: criad en mí un nuevo corazón, y renovad hasta el fondo de mis entrañas el espíritu de inocencia, que me ponga en estado de recibirlos dignamente.

Lávame ampliamente de mi iniquidad.

Cría en mí un corazón nuevo, Dios mío, y renueva en mis entrañas un espíritu recto.

ACTO DE ESPERANZA

Vos venís a mí, ¡oh Divino Salvador de los hombres! Qué cosa no debo esperar de Vos? ¿Qué no deberé esperar de quién se da enteramente a mí?

Yo me represento, pues, a Vos ¡oh mi Dios! con toda la confianza que me inspira vuestro poder infinito y vuestra infinita bondad. Vos conocéis todas mis necesidades: Vos podéis aliviarlas Vos lo queréis: Vos me convidáis con vuestra gracia, y me prometéis socorrer. Pues, mi Dios, veisme aquí: yo vengo sobre vuestra palabra: yo me presento a Vos con todas mis debilidades, mi ceguedad y mis miserias, y espero que me fortificaréis, me alumbraréis y me mudaréis.

Yo lo espero sin temor de ser engañado en mi esperanza. ¿Pues no sois Vos ¡oh mi Dios! el dueño de mi corazón? ¿Y cuándo mi corazón estará más absolutamente a vuestra disposición que cuando entraréis en él?

He aquí a mi Dios, con confianza trataré con él.

Señor, mira la debilidad del que tú amas.

AGTO DE DESEO

¿Es posible Dios de bondad, que vengáis a mí, y que vengáis con un deseo in-

finito de unirme a Vos? Venid, pues, amado de mi corazón; venid Cordero de Dios, carne adorable, Sangre preciosa de mi Salvador; venid a servir de alimento a mi alma. Que yo os vea, ¡oh Dios de mi corazón, mi alegría, mis delicias, mi amor, mi Dios y mi todo!

¡Quien me diera alas para volar hacia Vos! Mi alma alejada de Vos, indigna de poseeros, parece sin Vos, os desea con ardor, y suspira por Vos, ¡oh mi Dios! mi único bien, mi consuelo, mi felicidad, mi vida, mi Dios y mi todo.

Venid, pues, amable Jesús, y por indigno que sea yo de recibiros, decid solamente una palabra y seré purificado. Mi corazón está pronto, y cuando no lo estuviere, con una sola mirada vuestra podéis prepararle, enternecerle e inflamarle. Venid, Jesús, venid.

Ven, Jesús, mi Señor, mi alma está impaciente por ir a tí, Dios mío.

Al tiempo de descubrir el sagrado tabernáculo adorando al Santísimo Sacramento dirá:

Hostia sacrosanta, que eres la puerta del Cielo, y el Cielo mismo está en tí, héme aquí atribulado y expuesto a la furia de las tentaciones; dadme fuerza para combatirlas, y auxilios para vencerlas.

Al presentar el sacerdote la sagrada hostia dirá:

Te adoro sagrada Hostia, pan y vino y alimento de los Angeles, te adoro Salvador mío, creo en tí, ámote.

Al Domine non sum dignus, dirá:

Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra majestad entre en mi pobre morada: mas por vuestra santísima palabra mis pecados me sean perdonados y mi alma será sana y salva. Amén.

Después de haber comulgado, dirá despacio
y bien meditada la siguiente

ORACION

Vencišteis al fin, divino amante; vencišteis, sí; y ni a Vos os queda más que dar, ni a mí que recibir. ¿Con qué podré compensaros tanta bondad, tanta dignación? Recibiré con alegría el cáliz que preparéis. Estoy dispuesto a seguiros en la vida y hasta más allá de la muerte. Hablad Señor, que vuestro siervo os oye.

¿Qué queréis de mí? *Nunc dimittis scrvum tuum, Domine, secundum verbum tuum in Pace.* Habéis acudido, Señor, a mis súplicas, habéis llenado mi deseos, habéis exedido mis votos. Quedo en paz según vuestra palabra; concervádmela: no os ausentéis jamás de mí; no me abandonéis.

Mis propósitos son firmes; mis deseos bien los véis; pero temo mi fragilidad; temo las ocasiones que el mundo, demonio y carne me presentan. Vos sólo sois mi auxilio: salvadme, Señor, por vuestro nombre.

SÚPLICA A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Oh María! aquel que Vos concebisteis, se ha dignado venir a mí. En mi pecho reposa el que nació de Vos, ¡querer nacer en mí! . . . Madre mía, me oprime el peso de tanta Majestad, me confundo, y nada acierto a discurrir. Pedid Vos por mí; rogad, Señora, por mí; dad gracias por mí a este Dios Salvador mío, Yo os lo presento. Vedle dentro de mí. ¡El os conoce bien! Venid, Madre mía; adoradle, alabadle y bendecidle. Yo me uno a Vos. Decidle que quiero ser todo de Jesús y María, ahora y por toda la eternidad. Amén.

ADVERTENCIA --En este tiempo en que la plenitud de la Divinidad habita corporalmente en vos, entrad con la Santísima Virgen en una profunda meditación sobre las maravillas que se obran en vos: miraos como el tabernáculo vivo en que reside el Santo de los Santos: contened por este pensamiento las distracciones de vuestro espíritu, y manteneos en un perfecto recogimiento.

ACTO DE ADORACIÓN

Adorable Majestad de mi Dios, delante de quien todo lo que hay de más grande en el Cielo y en la tierra se reconoce indigno de parecer: ¿qué puedo yo hacer aquí en vuestra presencia sino callar, y honraros en el más profundo aniquilamiento de mi alma?

Yo os adoro, ¡oh Dios Santo! yo os doy mis justos tributos de adoración y respeto a esta grandeza Suprema, delante de la cual toda gerarquía o dignidad se humilla: en comparación de la cual, toda potencia es debilidad, toda prosperidad miseria, y las más brillantes luces espesas tinieblas.

A Vos sólo Gran Dios, Rey de los cielos, Dios inmortal, a Vos sólo pertenece todo honor y toda gloria. Gloria, honor, salud y bendición a aquel que viene en nombre del Señor. Bendito sea el Hijo Eterno del Altísimo, que se digna unirse tan íntimamente conmigo, y tomar posesión de mi corazón:

Bendito el que viene en nombre del Señor. Sólo tú eres Señor, sólo tú Altísimo Jesucristo.

ACTO DE AMOR

¡Con que fin tengo yo la felicidad de poseeros! ¡Oh Dios de amor! ¡Qué bondad! ¡Que no pueda corresponder a ella! ¡Que no sea yo todo corazón para amaros tanto cuanto sois amable y para no amar otra cosa que a Vos! Abrazadme mi Dios, quemadme, consumid mi corazón con vuestro amor. Mi amante está conmigo, Jesús, el amable Jesús, se dá a mí. Angeles del Cielo, Madre de mi Dios, Santos del Cielo, siervos de mi Dios en la tierra, prestadme vuestros corazones, dadme vuestro amor para amar a mi amable Jesús.

Sí, yo os amo Dios de mi corazón: yo os amo con toda mi alma: yo os amo todo cuanto puedo amaros: yo os amo por vuestro amor y bondad, y con una firme resolución de no amar nunca sino a Vos. Yo lo afirmo, yo lo protesto; pero apoyad Vos mismo, ¡oh mi Dios! estas santas resoluciones; aseguradlas en mi corazón, que os poseo al presente.

*Mi amado Para mí, y yo para él, Señor
tú sabes que te amo.*

ACTO DE AGRADECIMIENTO

¡Qué acciones de gracias ¡oh mi Dios! podrán igualar al favor que Vos me hacéis hoy! ¡No contento con haberme amado hasta morir por mí, Dios de bondad, os dignáis aún venir en persona a honrarme con vuestra visita y daros a mí! ¡Oh alma mía! glorifica al Señor tu Dios: reconoce su bondad, exalta su magnificencia, publica eternamente su misericordia. Con un corazón enternecido y lleno de reconocimiento, ¡oh mi dulce Jesús! os doy gracias por la merced que os dignáis hacerme. Yo he sido un infiel, vil prevencido; pero no quiero ser un ingrato. Yo quiero acordarme eternamente de que Vos os habéis dado hoy a mí, y de dar señales por toda la serie de mi vida de las excesivas obligaciones que os tengo, ¡oh mi Dios! por haberme dado hoy perfectamente Vos las de vuestro infinito amor.

¿Qué daré yo al Señor por todas las cosas que él me dá?

Gracias te damos, Señor, a causa de tu inmensa gloria.

ACTO DE PETICIÓN

Vos estáis dentro de mí, ¡oh fuente inagotable de todos los bienes! Estáis lleno de ternura por mí, con las manos llenas de gracia y pronto a derramarlas sobre mi corazón. Dios bueno, liberal y magnífico, derramadlas, pues, con profusión: ved mis necesidades, ved vuestro poder infinito: haced en mí aquello porque habéis venido; quitad todo lo que os desagrade en mi corazón, y poned en él todo lo que pueda hacerme agradable a vuestros ojos: purificad mi cuerpo, santificad mi alma, aplicadme los méritos de vuestra vida y de vuestra muerte: uníos a mí, casto Esposo de las almas, unidme a Vos, vivid en mí para que yo viva en Vos y para Vos eternamente.

Amable Salvador, concededme las gracias que Vos sabéis me son necesarias: conceded las mismas gracias a todos aquellos y aquellas por quienes tengo obligación de pedir.

¿Podréis Vos, mi dulce Jesús, negarme alguna cosa después de la merced que me habéis hecho hoy en daros a mí?

Señor, no te soltaré hasta que me hayas echado tu bendición.—Hágase a tu servicio según tu misericordia.

ACTO DE OFRENDA

Vos me llenáis de vuestros favores, ¡oh Dios de misericordia! y dándoos a mí, queréis que yo no viva más que para Vos. Este es, ¡oh mi Dios! el mayor de todos mis deseos, el ser eternamente para Vos. Sí, yo quiero que todos los pensamientos que tuviere en adelante, que todos los designios que tuviere o ejecutare, todo sea en orden de la perfecta sumisión que os debo.

Yo quiero que todo lo que depende de mí: salud, fuerzas, espíritu, talentos, crédito, bienes, reputación, no sean empleados sino para los intereses de vuestra gloria. Sujetad, pues, ¡oh Rey de mi corazón! todas las potencias de mi alma: reinad absolutamente sobre mi voluntad: yo lo someto a la vuestra. Después del favor con que me habéis honrado, no sufriré que haya nada en mí, que no sea perfectamente vuestro.

Yo soy tu siervo e hijo de tu esclava.

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

ACTO DE BUEN PROPÓSITO

¡Oh, el más paciente y el más generoso de los amigos! ¿Qué es lo que podrá en adelante separarme de Vos? Yo renuncio con todo mi corazón lo que me había separado de Vos hasta aquí, y propongo con el socorro de vuestra gracia no volver a caer en mis pasadas faltas.

Así, pues, ¡oh mi Dios! no más pensamientos, deseos, palabras ni acciones que sean en lo más mínimo contrarias al pudor o a la castidad: no más impaciencias, juramentos, mentiras, ni maledicencias: no más omisiones en mis obligaciones, ni desmayo en vuestro servicio: no más uniones ni amistades peligrosas: no más pasión por mis sentimientos y mis comodidades: no más delicadeza por el desprecio y discurso de los hombres: no más inclinación ciega por la estimación y atención del mundo. Antes morir, ¡oh mi Dios! Mas bien quisiera espirar aquí delante de Vos, que desagradaros nunca.

Vos estáis dentro de mi corazón, Jesús: en vuestra presencia formo estas resoluciones, a fin de que las confirméis.



que vuestro adorable Sacramento, que acabo de recibir, sea como el sello, que no me sea lícito jamás violar.

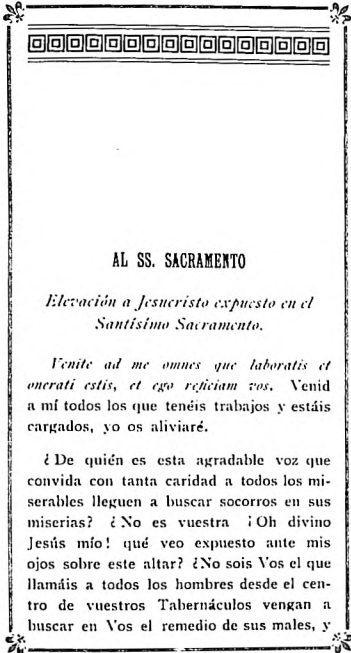
Resuelvo guardar los juicios de tu justicia.

Confirma, Dios mío, lo que has obrado en mí.

ORACION

Alma de Cristo, santifícame; cuerpo de Cristo, sálvame; sangre de Cristo, embriágame; agua del costado de Cristo, lávame, sudor de Cristo, vivifícame; pasión de Cristo, confórtame. ¡Oh mi buen Jesús! óyeme. No permitas, Señor, que me aparte de tí. Dentro de tus llagas escóndeme. En la hora de mi muerte, llámame y mándame ir a tí, y pónme junto a tí, para que con tus ángeles y santos te alabe por todos los siglos de los siglos. Amén.

Manteneos en los sentimientos de confusión por la felicidad que acaba de sucederos de respeto y adoración al Salvador que acaba de visitaros en persona. y repetid muchas veces dentro de vos mismo los propósitos de vuestra enmienda de vida para en adelante.



AL SS. SACRAMENTO

*Elevación a Jesucristo expuesto en el
Santísimo Sacramento.*

*Venite ad me omnes que laboratis et
onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid
a mí todos los que tenéis trabajos y estáis
cargados, yo os aliviaré.

¿De quién es esta agradable voz que
convida con tanta caridad a todos los mi-
serables lleguen a buscar socorros en sus
miserias? ¿No es vuestra ¡Oh divino
Jesús mío! qué veo expuesto ante mis
ojos sobre este altar? ¿No sois Vos el que
llamáis a todos los hombres desde el cen-
tro de vuestros Tabernáculos vengan a
buscar en Vos el remedio de sus males, y

el que me solicitáis en particular me acerque a buscar el alivio de los míos?

Ven, me decís. Pero qué, Señor, ¿es posible os dignéis pensar en mí, que os acordéis de una criatura tan miserable como yo, y que vuestra bondad llegue hasta llamarme a Vos para sacarme de mis miserias?

Ven, me mandáis. Pero, ¡oh Dios de gloria! ¿cómo osaré parecer ante Vos?

El cielo y la tierra tiemblan de temor en vuestra presencia; las más altas inteligencias no se atreven a levantar los ojos ante vuestra augusta Majestad, temiendo ser oprimidos con el peso de vuestra gloria: ¿cómo pues, podré yo resistir el resplandor?

Ven. Pero me reconozco culpado de mis delitos, porque he violado vuestras divinas leyes en mil diferentes maneras: toda mi vida no ha sido sino una cadena de desórdenes y pecados. ¿Cómo me atreveré, pues, a presentarme ante mi Juez hallándome como me hallo tan criminal?

Ven. Pero, Salvador 'mío, no podré caminar para acercarme a Vos, porque

me hallo abrumado de males, y paralítico de todos mis miembros. Por otra parte estoy cargado del peso insoportable de mi concupiscencia, y detenido por las cadenas de mis criminales costumbres: ¿cómo podré, pues, ir hacia Vos?

Ven, me decís: el mandato que te hago te dará fuerza para llegar y hallarás en mí, no un Dios cuya Majestad hace pasar de temor a los que se acercan a su trono, sino un Dios cuya bondad consuela infinitamente a todos los que recurren a su caridad: no un Juez dispuesto a castigar tus delitos, sino un Padre que te alarga los brazos, y abre su seno para recibirte después de tus extravíos.

Ven: es tu Dios, tu Rey y tu Redentor el que te llama: es tu Padre, tu esposo y Maestro quien te lo manda: ¿no tiene bastante autoridad por todos estos diferentes títulos para obligarte a obedecer?

Ven, ya que lo deseo, pues aunque no tengo ninguna necesidad de tí, porque encuentro en mí mismo el manantial de mi felicidad, sin embargo, ¡es tanta mi bondad para contigo, que amo infinitamente

verte venir a mí, por el solo deseo que tengo de que participes de mi dicha!

Ven, ya que he bajado expresamente del cielo a este Altar para conversar contigo, que me he despojado de toda mi gloria para hacerme accesible, y que me he cubierto con este velo para acomodarme a tu flaqueza; después de haber hecho tanto para llegar a tí, ¿puedes tú dispensarte de dar algunos pasos para venir a mí?

Ven, te espero sobre este Altar, no temas que me retire cuando te vea comparecer, ni que te quite la libertad de hablar cuando te me presentes para exponer tus necesidades. No soy como los reyes de la tierra, cuyo acceso es tan difícil, y a los que cuesta tanto trabajo poder hablar: me he puesto en un estado que me constituye inmóvil sobre este Altar, para que te persuadas que en él me hallarás; y guardo un profundo silencio, a fin de que no dudes que estoy pronto a escucharte.

Ven, cuando te es fácil venir: no poseerás siempre la misma ventaja: tiempo

llegará en que desearás te oiga, y no lo conseguirás: aprovéchate, pues, de la ocasión mientras la tienes.

Ven, ya que te he hecho un honor que he negado a infinidad de naciones. ¡Cuántos millones de hombres viven al presente en la tierra que no quieren conocerme y yo los dejo sumergidos en las tinieblas de sus errores e ignorancias, sin darles ningún acceso cerca de mí, ni ofrecerles la gracia que te presento! ¿No serás tú bien culpable de no aprovecharte de ella?

Ven, ¿qué es lo que te detiene? ¿Es acaso un placer frívolo, un honor vano, un bien pasajero, un funesto empeño? ¿Pero por tan poca cosa has de resistir a un Dios que te llama, y privarte de las riquezas inestimables de que quiere colmartarte?

Ven, porque yo soy tu único remedio: por todas partes no hallarás sino traición, infidelidad, flaqueza, aflicción y miseria; yo soy únicamente del que puedes confiar-te, y en quien encontrarás socorro y consolación.

Ven a mí, porque no busco ni deseo más que tus intereses y felicidad. Tu has

corrido hasta aquí en seguimiento de los que no aspiraban sino a tu perdición, de los que te han preso, despojado, deshonrado, herido, puesto en cadenas, y que te preparan un suplicio eterno: reconoce tu error, y abandónalos en el momento por venir a mí, que no quiero sino tu salvación.

Ven a mí, por que hallarás todo lo que puedes desear: si el hambre te aflige, yo soy el pan del cielo: si la sed te atormenta, yo soy la fuente de agua viva: si las tinieblas te rodean, yo soy la verdadera luz: si la pobreza te abruma, yo soy la soberana riqueza; si la debilidad te abate, yo soy la misma fuerza: si la muerte te amenaza, yo soy la vida eterna.

Ven, y te aliviaré de esa multitud de males de que estás agobiado, y para los que no hallas remedio. Te aliviaré de la pesada carga de tus iniquidades, que por su pesadez van a arrastrarte al fondo de abismos. Te aliviaré del peso de tu concupiscencia, que te hace caer a cada paso, y a cuyos movimientos no tienes fuerza para resistir. Te aliviaré de las cadenas de

tus malas costumbres, que te tienen liado y agarrotado, y te impiden caminar por las rutas del cielo. Te aliviaré del yugo del mundo, que por sus máximas, por sus leyes, por sus costumbres, por sus negocios de que te carga o que te excita, procura empeñarte en el pecado. Te aliviaré de las duras fatigas que te causan los combates continuos de tus enemigos invisibles, que están siempre encarnizados contra tí, y emplean igualmente la fuerza y la astucia para perderte. Te aliviaré de las penas y dificultades que encuentras en el cumplimiento de tus obligaciones, y en la práctica de la virtud. Te revestiré de una fuerza que te hará superior a todo.

Te aliviaré en fin, de los trabajos continuos de la vida presente, en donde la pobreza, el menosprecio, la persecución, la injusticia, la enfermedad, y una muchedumbre innumerable de miserias, que forman como una cadena continua de males, no te dejan descansar; pero yo, o detendré su violencia, o te daré fuerza para soportarlos de una manera que hará tu gloria y tu corona.

¡Ah! ya que Vos me llamáis con tanta bondad, ¡oh Divino Salvador mío! aquí me tenéis: rompo gustoso todos los lazos que me unían a las criaturas por venir a Vos, porque Vos sois mi único bien, mi mi única esperanza, y mi único consuelo.

Vengo a descargarme a vuestros pies de la pesada carga de mis pecados, ¡oh Salvador mío! os ruego humildemente, que no sea de nuevo requerido en el tribunal de vuestra justicia.

Vengo a buscar en Vos la fuerza de rechazar al enemigo doméstico, que tengo dentro de mí, quiero decir, a mi concupiscencia: la de reprimir la violencia de mis pasiones, y corregirme de mis malos hábitos.

Vengo a buscar socorro en el seno de vuestra misericordia, para librarme de la corrupción del siglo presente, y resistir las impresiones malignas, que hacen en mi corazón y entendimiento la opinión, la costumbre, el mal ejemplo, los consejos e importunidades de sus partidarios, y los atractivos seductores de las riquezas.

de los placeres y de las grandezas de la tierra.

Vengo a ponerme en vuestros brazos para buscar un asilo contra el furor de mis enemigos invisibles, que me rodean de continuo para perderme, y a cuyo poder y astucia no podré resistir.

¡Oh Divino Jesús mío! ya que me habéis llamado con tanta bondad, ¿me desecharéis ahora que vengo a Vos atraído por la dulzura de vuestro amor y por la infalibilidad de vuestras promesas? ¡Ah! ¿qué será de mí si Vos me desamparáis? ¿a quién recurriré si Vos me abandonáis? ¿quién me defenderá de mis enemigos, si Vos no me protegéis? ¿quién me sanará de mis enfermedades, si Vos no las remediáis? ¿quién me librárá de tantos peligros a que sin cesar me veo expuesto, si Vos no lo haceis? no puedo sino perecer mil veces si Vos no me salvais. Me pongo, pues en vuestros brazos, y en el seno de vuestra infinita caridad; recibidme en ese seno, ¡oh Jesús mío como una de vuestras ovejas, según me lo habéis prometido por

vuestro Profeta: tenedme en vuestros brazos y no sufráis que nadie arrebate mi alma: compadeceos de mi flaqueza, y llevadme Vos mismo a vuestro aprisco celestial. Amén.

*Oración de desagravio al Santísimo
Sacramento.*

Oh Dios mío, escuchad la oración que os hago y que con toda mi alma uno a las de vuestra Iglesia, a las de aquellos justos que Vos mismo los habéis escogido, y que no enderezaron a Vos un solo pensamiento que no fuese por la gloria de vuestro divino Hijo, siendo la gloria de aquellos justos el serviros, y su única dicha el amaros y que sacrificarían mil vidas antes que ofenderos. Bien me reconozco indigno de mezclar a voces tan puras, la de un pecador como yo: y no espero, Señor, que por el amor de una criatura tan culpable, sea atendida la oración que os dirijo; pero los méritos de ese Hijo bien amado, y la sangre que ha de-

rramado por mí, y por todos los que se parecen a mí deben obtener esta gracia de vuestra bondad. ¡Oh Dios omnipotente! ¡tierno Padre! ¿habéis olvidado tantas injurias y ultrajes como le han hecho, tantos tormentos como ha sufrido? Y cuando el Salvador del mundo se ha sometido, para complaceros en todo lo que habéis ordenado, amándonos porque Vos habéis querido que nos amase, ¿vuestras entrañas paternas, todas deshechas en amor por él, no se conmoverían al aspecto de tantos nuevos ultrajes, de que ha sido el objeto en ese inefable misterio, en que cada día se ofrece aún por nosotros a vuestra justicia y a vuestra misericordia? ¿Sufriréis, Señor, que la impiedad y la herejía, reuniendo juntas sus furores, le blasfemen impunemente en el dón eucarístico, le persigan, hasta sobre los altares, con sus insolentes desprecios, abatan los templos venerables en que se le adora, y arrojen al Santo de los Santos de su propia casa? ¿No bastaba, Dios mío, que mientras vivió en este mundo, hubiese estado en él, como la hcz de los hombres, pobre, errante,

sin tener una piedra sobre que reclinar su cabeza? ¿Y habrá atrevimiento ahora para arrebatarse esos asilos que él ha levantado para sus amigos, donde los recibe, donde los alimenta con un pan celestial, con un pan que sostiene su flaqueza, y los llena del ánimo que necesitan en las pruebas y en los trabajos? ¿No ha satisfecho, pues, bastante con su suplicio y su muerte al pecado con que Adán manchó toda su descendencia? Y cada vez que los hombres os ofenden con nuevos pecados, el Cordero sin mancha, el modelo de toda mansedumbre y toda caridad, ¿deberá dar por ellos incesantemente nuevas satisfacciones? No lo permitáis, oh soberano Monarca del cielo y de la tierra; templad vuestra cólera: que vuestros ojos no miren a nuestros crímenes: que no se detengan sino sobre la sangre que os grita misericordia, y que sólo ha corrido para redimirnos. A estos méritos infinitos, dignaos añadir los de su gloriosa Madre, los de los mártires, los de todos los santos, cuya vida eterna no ha sido para Vos sino un agradable y continuo sacrificio. Pero ¡ah, Señor! ¿quién soy yo para atreverme

así a pedirlos en nombre de todas? Acalaré como he empezado, reconociendo mi bajeza, mi indignidad, y suplicándoos a Vos, Dios de las misericordias, que perdonéis mi osadía, y que tengáis compasión de mí. No consideréis mis pecados sin cuento, sino moveos por el ardor de mis deseos: ved las lágrimas tan sinceras que derramo. Yo os lo pido por Vos mismo, oh Dios mío. Tened compasión de tantas almas como se pierden: socorred a vuestra Iglesia; detened el curso de tantos males como la afligen, y haced brillar, en medio de las tinieblas que nos rodean, las luces de vuestra eterna verdad.



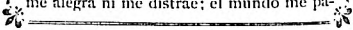


EL ALMA

A JESÚS SACRAMENTADO

¡Jesús bueno, Jesús de mi alma, mi consuelo, mi amor y el único encanto de mi corazón! véme aquí postrada a tus plantas, arrepentida y confusa, como llegaría el hijo pródigo a la casa de su padre. Soy una alma cansada de todo, buen Jesús, y sólo a Tí quiero, sólo a Tí busco, sólo en Tí hallo mi delicia y mi bien. Tú que fuiste en busca de la Samaritana; tú que me llamaste cuando huía de tí, ¿me arrojarás de tu presencia, ahora que te busco?

Señor, estoy triste, bien lo sabes; nada me alegra ni me distrae; el mundo me pa-



rece un árido desierto. Me hallo en lúgubre obscuridad, enteramente turbada y llena de temor y de inquietudes.... Te busco y no te encuentro, te llamo y no me respondes, te adoro, clamo a tí, y se acrecienta mi dolor. ¿Dónde estás, Señor, dónde, que no gusto las dulzuras de tu presencia, de tu amor sin igual para mí en la tierra?

Pero no me cansaré, ni el desaliento vendrá a reemplazar al afecto que me impulsa hacia tí; no, buen Jesús, ahora que te busco y no te encuentro, recordaré el tiempo en que tú me llamabas y yo huíay firme y serena a despecho de las tentaciones y del pesar, te amaré con delirio, con locura esperaré en tí, y seré tuya como lo fueron Teresa y Magdalena.

¡Jesús bueno, dulce y regalado esposo, padre y amigo incomparable! cuando el dolor ofusque mi corazón, cuando los hombres me abandonen o insulten mi pena, porque no la entienden, cuando el tedio me persiga y la desesperación clave sus garras en mí; aquí, en tu santa casa, al pié del Sagrario, cárcel donde el amor te tiene prisionero, aquí, y sólo aquí bus-

caré fuerzas para luchar y vencer. No temas que cobarde te abandone: cuando más me huyas, más te he de llamar, y lloraré y vertiré tantas lágrimas, que al fin vendrás....sí, te espero....vendrás, y al poseerte disfrutaré en la tierra de las delicias del cielo.

Dáme tu ayuda para cumplir lo que te ofrezco, sin tí nada soy, nada puedo, nada valgo.... fortaléceme y desafiaré serena las tempestades del dolor.

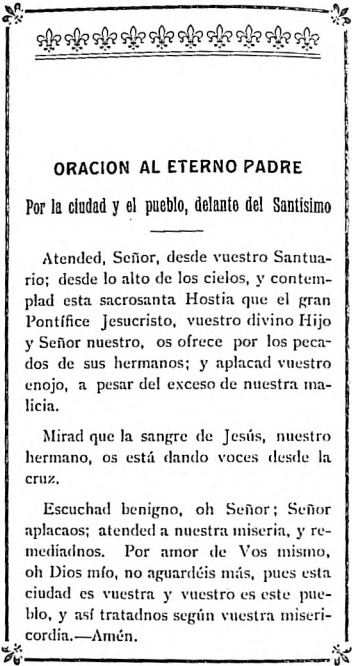
Jesús mío, dáme humildad, paciencia, gratitud, amor....amor, porque si llego a amarte de veras, todas las virtudes vendrán en pos del amor.

Te dirijo una súplica ferviente por los que amo.... Tú los conoces, tú sabes las necesidades que tienen; socórrelos con generosidad. Acuérdate de los pobres, de los tristes, de los huérfanos: consuela a los que padecen, fortalece a los débiles, conmueve a los pecadores, para que no te ofendan más y lloren sus extravíos. Ampara a todos tus hijos, Señor, que eres más tierno que una madre, y el corazón de ésta, bien lo sabes, es el alcázar de la ternura y de la abnegación para sus hijos.

Y a mí, que te hago compañía cuando otros te abandonan, porque he escuchado la voz de la gracia; a mí, que no te amo por el cielo, ni por el infierno te temo; a mí, que sólo busco tu gloria y estoy recompensada, con la dicha de amarte, aumentaré este amor y dáme fortaleza para luchar y obtener el apetecido triunfo.

¡Adiós, Jesús de mi alma! salgo de tu presencia, pero te dejo mi corazón: en medio del bullicio del mundo estaré pensando en tí, y cada vez que levante mi seno la respiración, entiende, buen Jesús, que quiero repetir una y mil veces que soy y seré tuya hasta la eternidad. — Amén.





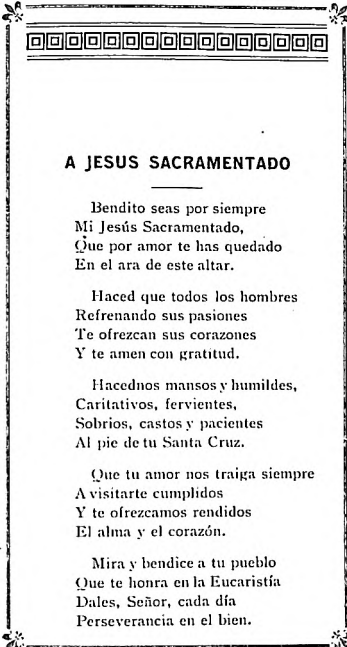
ORACION AL ETERNO PADRE

Por la ciudad y el pueblo, delante del Santísimo

Atended, Señor, desde vuestro Santuario; desde lo alto de los cielos, y contemplad esta sacrosanta Hostia que el gran Pontífice Jesucristo, vuestro divino Hijo y Señor nuestro, os ofrece por los pecados de sus hermanos; y aplacad vuestro enojo, a pesar del exceso de nuestra malicia.

Mirad que la sangre de Jesús, nuestro hermano, os está dando voces desde la cruz.

Escuchad benigno, oh Señor; Señor aplacaos; atended a nuestra miseria, y remediadnos. Por amor de Vos mismo, oh Dios mío, no aguardéis más, pues esta ciudad es vuestra y vuestro es este pueblo, y así tratadnos según vuestra misericordia.—Amén.



A JESUS SACRAMENTADO

Bendito seas por siempre
Mi Jesús Sacramentado,
Que por amor te has quedado
En el ara de este altar.

Haced que todos los hombres
Refrenando sus pasiones
Te ofrezcan sus corazones
Y te amen con gratitud.

Hacednos mansos y humildes,
Caritativos, fervientes,
Sobrios, castos y pacientes
Al pie de tu Santa Cruz.

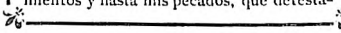
Que tu amor nos traiga siempre
A visitarte cumplidos
Y te ofrezcamos rendidos
El alma y el corazón.

Mira y bendice a tu pueblo
Que te honra en la Eucaristía
Dales, Señor, cada día
Perseverancia en el bien.



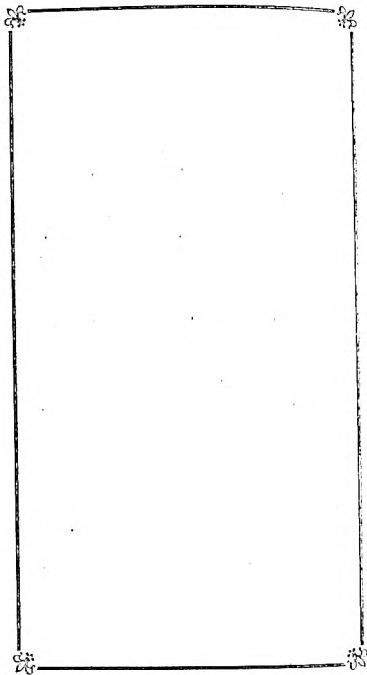
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

¡Oh Corazón de Jesús! Yo quiero consagrarme a tí con todo el fervor de mi espíritu. Sobre el ara del altar en que te inmolas por mi amor, deposito todo mi ser: mi cuerpo, que respetaré como templo en que tú habitas; mi alma, que cultivaré como jardín en que te recreas; mis sentidos, que guardaré como puertas de tentación; mis potencias, que abriré a las inspiraciones de la gracia; mis pensamientos, que apartaré de las ilusiones del mundo; mis deseos, que pondré en la felicidad del Paraíso; mis virtudes, que florecerán al abrigo de tu protección, mis pasiones, que se someterán al freno de tus mandamientos y hasta mis pecados, que detesta-



ré, mientras haya odio en mi pecho, y que lloraré mientras haya en mis ojos lágrimas. Mi corazón quiere desde hoy ser para siempre todo tuyo, así como tú, oh Corazón divino; has querido ser siempre todo mío. Tuyo todo, tuyo siempre; no más culpas, no más tibieza. Yo te serviré por los que te ofenden; pensaré en tí por los que te olvidan; te amaré por los que te odian, y rogaré y gemiré y me sacrificaré por los que te blasfeman sin conocerte. Tú que penetras los corazones y sabes la sinceridad de mi deseo, comunícame aquella gracia que hace al débil omnipotente; dame el triunfo del valor en las batallas de la tierra y cénfame la oliva de la paz en las mansiones de la gloria. Amén.







OFICIOS PARVOS
DEL
SAGRADO CORAZON DE JESUS
Y DEL
PURISIMO CORAZON DE MARIA
PARA EL USO DE LOS SOCIOS

ORACION PREPARATORIA

Dulcísimos Corazones de Jesús y María, abrid mis labios para bendecir vuestro Sagrado Nombre y celebrar vuestras grandezas, purificad mi corazón de todos los pensamientos y afectos vanos e indignos de vuestra inefable pureza; iluminad mi entendimiento e inflamad mi voluntad en

vuestros divinos ardores, para que digna, atenta y devotamente, meditando vuestras finezas y dolores, empiece y concluya, en honor vuestro y bien mío, este santo ejercicio en reparación de los agravios que comete contra Vos la ingratitud de los hombres, y por vuestra poderosa intercesión merezca ser oído del Dios de soberana Majestad. Amén.





OFICIO PARVO

DEL

SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

MAITINES

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.

R Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

Y Abre, Señor, mis labios:

R Y mi lengua publicará tus alabanzas.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

(Desde Septuagésima hasta Pascua, en lugar de Aleluya se dice: A Ti se tributen alabanzas, oh Señor, rey de la eterna gloria).

HIMNO

Salve, oh tú, gloria del cielo,
Que abandonas su esplendor,
Para hacerte sobre el suelo
Nuestra víctima de amor.

Jesús, delicia del alma,
Prenda en mi pecho tu ardor,
Para que ensalce mi canto
Las dulzuras de tu amor.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, dechado de obediencia a la voluntad del Padre, cautiva nuestros corazones de tal modo, que no hagamos nunca sino lo que sea agradable a sus divinos ojos.

✠ Oh Dios, protector nuestro, míranos en el Corazón de tu divino Hijo:

R. Y cuando te irriten nuestras culpas, se aplacará así tu ira y se manifestará en nosotros tu misericordia.

OREMOS

Oh Dios de infinita misericordia, fija tus miradas en el Sacratísimo Corazón de tu Hijo muy amado, en quien tienes todas tus complacencias, y, aplacado por las crueles angustias que sufrió y las dignas satisfacciones que por nosotros te ofreció, concédenos el perdón de nuestros pecados que te pedimos con un corazón arrepentido, y enciéñenos de tal modo en el amor de Jesucristo Señor nuestro, que abrasados enteramente en los afectos de su divino Corazón, merezcamos reproducir en nosotros tu imagen divina. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R. Amén.

LAUDES

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros:

R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R Apresúrate Señor a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Corazón, cuyo alto asiento
Sobre el alto cielo está,
Que la tierra más extenso,
Más profundo que la mar.

A las víctimas que se alzan
Hasta el trono del Señor,
Dios rechaza, si no alcanzan
Tu propicia intercesión.

Cuantos actos de Tí emanan
Son del Padre digno don;
Cuanto pides El otorga,
Oh divino Corazón.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antífona. Oh adorable Corazón de Jesús, supremo legislador nuestro, infunde tus virtudes en lo más íntimo de nuestros corazones. Oh Corazón de Jesús, Hijo único de la Virgen María, el más dulce de todos los corazones, borra todas nuestras iniquidades y haz que consigamos asemejarnos a tí.

Y Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón:

R. Y vuestras almas encontrarán reposo.

OREMOS

Oh Dios, que por efecto de la más ardiente caridad ofreciste al amor de tus fieles el Sacratísimo Corazón de tu Hijo Jesucristo, Señor nuestro: haz que con tu gracia le veneremos y amemos de tal modo en la tierra, que por Él y con Él merezcamos amarte, y ser amados por Tí y por Él eternamente en el cielo. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R. Amén.

PRIMA

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor
por nosotros,

R. Inflama nuestros corazones en tu
divino amor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R. Apresúrate, Señor a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Es-
píritu Santo:

R. Como era al principio, ahora y siem-
pre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

¡Oh de amor Víctima tierna,
Del cielo dicha eternal,
Corazón, sólo consuelo
Y esperanza del mortal!

Eres gloria sacrosanta
De la augusta Trinidad,
Llama pura que abrillanta
Con su luz la eternidad.

A Tí el Hijo se halla unido,
El Espíritu en Tí mora.

Y en Tí el Padre complacido
Sus delicias atesora.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, a quien devora la sed de nuestra salvación, haz que los que tanto te hemos ofendido, volvamos a hallar en Tí un seguro asilo, a fin de que no perezcamos en pecado.

Y ¿Es acaso recto tu corazón como el mío?

R. Si como amigos habéis venido a consolarme, justo es que mi corazón se una con el vuestro.

OREMOS

Oh Dios, que junto con la plenitud de la gracia has depositado en el Corazón de tu Hijo todos los tesoros de la ciencia y sabiduría infinitas, para que de Él mismo, como de un manantial divino, se derramaran copiosamente sobre todas las criatu-

ras, y para que, embriagados así los santos ángeles en la inagotable fecundidad de ese amoroso Corazón, enagenaran con sus transportes de júbilo la mística ciudad en que habitas, te suplicamos humildemente nos concedas la gracia de ser de tal modo alumbrados por los resplandores internos, transformados por su santidad y consumidos por su fuego, que, llenos de ese mismo espíritu y purificado enteramente nuestro corazón, merezcamos entonar en tu alabanza un cántico nuevo y consigamos reproducir en nuestras almas tu imagen y tu vida divina. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R. Amén.

TERCIA

✠ Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros:

R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

✠ Dios mío, acude en mi defensa:

R. Apresúrate, Señor, a socorrerme.

✠ Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

De Dios Verbo eres sagrario
Más puro que el mismo sol,
Palacio y templo más digno
Que la celeste mansión.

La llama de amor fecunda
Que en la Virgen penetró,
Te formó de sangre pura,
Oh digno trono de Dios.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, perfectísimo dechado de pureza, haz que nuestros corazones sean purificados de toda mancha, para que consigamos imitar el divino modelo que en Tí mismo nos ofreces.

Y Recíbenos en tu tabernáculo en el día de la aflicción.

R Ampáranos en lo más recóndito de esa morada, en tu mismo Corazón.

OREMOS

Oh Señor, fuente inagotable de toda santidad, por el Corazón de tu Hijo muy amado, te pedimos nos concedas la gracia de morir de tal modo a todas las criaturas, que, en tanto que ardientemente suspiramos por poseerte, habitemos en unión con la bienaventurada Virgen María y todos los Santos en el Corazón de tu Hijo unigénito, donde, olvidada nuestra alma de todo afecto terreno, sólo engrandezca al Señor y se regocije con ellos en Dios su Salvador. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R Amén.

SEXTA

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros:

R Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Corazón dulce y amable
A quien hirió nuestro amor,
Propicio escucha el gemido
Que alza a Tí nuestro dolor.

Cuando Dios se vuelve airado
Hacia el triste pecador.
Se te mira, desarmado
Baja el brazo vengador.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antifona. Oh Sagrado Corazón de Jesús lleno de mansedumbre para con tus enemigos, haz que tu paz divina anime nuestras almas, para que perdonemos de todo corazón a los que nos persiguen y calumnian.

Y Quebrantado está mi corazón y se deshace como la cera:

R En mis abrasadas entrañas.

OREMOS

Oh Santísimo Jesús, que quisiste fuese abierto tu divino Corazón con una lanza, dignate traspasar también el mío con el dardo de tu santo amor, para que no desee nunca sino lo que sea del agrado de tu soberana voluntad. Penetre, Señor, mi alma por la herida de tu Corazón y llegue por ella hasta el excelso trono de tu divinidad, a fin de que allí te adore, oh Dios mío, crucificado y muerto por mi amor, y para que apartando de mí todo recuerdo terreno, sólo te contemple a Tí y no piense sino en Tí en todos los instantes de mi vida. Así te lo pedimos, oh Dios, que vives y reinas por los siglos de los siglos. R Amén.

NONA

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros:

R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R. Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Abrió amor profunda herida
En tu amante Corazón.
Por ella a entrar nos convida
La dulzura de tu amor.

Conserva, Señor, unidos
En esa augusta mansión
A los que lavó la sangre
Que de tus venas brotó.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antifona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, paciente cual ninguno para soportar

los dolores, haz que con un corazón contrito y humillado lleguemos a producir abundantes frutos de penitencia.

✠ Si no falta al gorrión un agujero ni a la tortolilla un nido en que abrigar sus polluelos.

R No han de faltarme a mí tu Corazón y tus Altares, oh Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío.

OREMOS

Jesús, Señor nuestro, cuyo Corazón han desgarrado nuestras maldades, haz que tus fieles no aparten nunca sus ojos de Tí, a quien ellas enclavaron en la cruz, y concédeles la gracia de evitar el pecado y de permanecer estrechamente unidos contigo que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. R Amén.

VISPERAS

✠ Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.

R Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

¡Oh misterio! el Dios de vida
Da su carne en el altar,
Y su sangre es la bebida
Del banquete celestial.

El Dios Santo a quien el cielo
Adorando humilde está,
Baja envuelto en sacro velo
Del vil siervo a ser manjar.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, que tanto has amado la pobreza, aplícanos sobre Tí mismo como un sello, para que nuestro corazón con todos sus afectos

no se aparte jamás de Tí, que eres nuestro único tesoro.

✠ Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu Corazón:

R Porque en Tí está la fuente de la vida, y nuestros ojos han de ver la luz en los resplandores de tu gloria.

OREMOS

Jesús, Señor nuestro, que por un inefable portento de tu caridad te dignaste dar en alimento a los mortales tu Sacratísimo Corazón para atraerte más eficazmente su voluntad, oye propicio sus ruegos, perdona a los que arrepentidos confiesan sus pecados, y mira con ojos de misericordiosa piedad a los que has hecho objeto del afecto de tu dulcísimo Corazón, a fin de que los que te ofrecemos un digno obsequio en este divino misterio, sintamos nuestras almas en tu sagrado fuego, y correspondamos con incensantes alabanzas al amor que nos profesa tu divino Corazón. Así te lo pedimos a Tí que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. R Amén.

COMPLETAS

Y Corazón de Jesús, que ardes de amor
por nosotros.

R Inflama nuestros corazones en tu
divino amor.

Y Conviértenos, oh Dios, Salvador
nuestro;

R Y aparta de nosotros tu furor.

Y Dios mío, acude en mi defensa:

R Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Es-
píritu Santo.

R Como era al principio, ahora y siem-
pre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

De la madre, enardecida
Por la fuerza del amor,
Vuela el alma desprendida
Abuscar a su Hijo Dios.

En estrecho amor se enlazan,
Y el materno Corazón
A los fuegos que lo abrasan
Volver quiere igual ardor.

Oh Jesús, del Padre encanto,
De almas puras amador,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

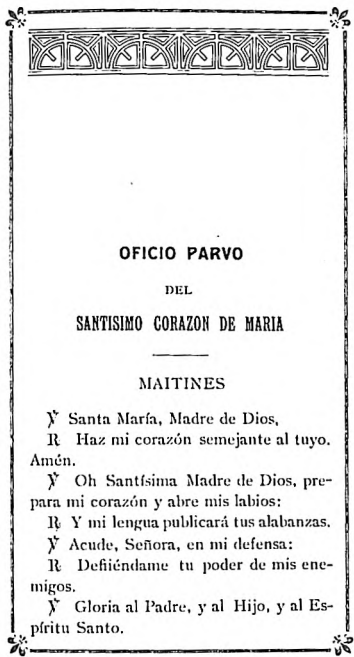
Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, que tantos beneficios prodigas a los que te aman, desfallezca en Tí nuestro cuerpo y nuestra alma, para que seas el Dios de nuestro corazón y nuestra herencia por toda la eternidad.

Y Habitaré eternamente en tu Corazón.

R Me acojeré bajo el amparo de tus alas.

OREMOS

Oh Corazón de Jesús, modelo perfectísimo de pureza, limpia nuestros corazones de toda mancha, para que consigamos ajustar nuestra vida a la tuya, y, apropiándonos tu espíritu, logremos reproducir en nosotros tu perfecto desprendimiento y penitencia, enseñar como tú enseñaste, descansar y morir en Tí, oh Salvador del mundo, que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. R Amén.



OFICIO PARVO

DEL

SANTISIMO CORAZON DE MARIA

MAITINES

Y Santa María, Madre de Dios,

R Haz mi corazón semejante al tuyo.
Amén.

Y Oh Santísima Madre de Dios, pre-
para mi corazón y abre mis labios:

R Y mi lengua publicará tus alabanzas.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R Defiéndame tu poder de mis ene-
migos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Es-
píritu Santo.

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén, Aleluya.

En lugar de Aleluya desde Septuagésima hasta Pascua se dice: (A Tí se tributen alabanzas, oh Señor, rey de la eterna gloria).

HIMNO.

Jesús, divina gloria
De la sin par María,
Inspira al alma mía
Cantos en su loor.

Su seno es prodigioso,
Sus pechos maravilla,
Mas sobre todo brilla
Su hermoso corazón.

Al que en su casto seno
Un tiempo llevó infante,
Su corazón amante
Siempre inmenso llevó.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. El Corazón de María dió a luz al Verbo divino, lo alimentó con la leche de su purísimo seno, y lo ofreció en holocausto por la salvación del mundo entero.

Y Toda la gloria de María, Hija del Rey, está en las virtudes que embellecen su alma:

R Y esa belleza la ha elevado sobre los méritos de todas las demás criaturas.

OREMOS

Oh Dios, que dispusiste que tu Hijo unigénito quien desde toda eternidad vivía en tu Corazón, viviese y reinase también para siempre en el Corazón de la Virgen María; te suplicamos nos concedas la gracia de tributar perpétuo culto a esa vida santísima que en un sólo corazón vivieron Jesús y María, de unir estrechamente nuestros corazones con los suyos y entre sí y de cumplir en todo tu voluntad, animados por el más ardiente amor y la más tierna solicitud, a fin de que merezcamos llegar a asemejarnos a tu divino Corazón. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R Amén.

LAUDES

Y Santa María, Madre de Dios:

R Haz mi corazón semejante al tuyo.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R Defiéndame tu poder de mis enemigos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Oh Madre, al que gozosa
Ante el altar presentas,
De llagas mil sangrientas
Cubierto llorarás.

Decid, ángeles, ¿hubo
Dolor más inclemente?
¡Oh pecador, detente!
La Madre has muerto ya!

Al ver a tu hijo exánime
No busques al culpable:
Oh Madre, el miserable,
El criminal soy yo.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. Yo soy la madre del amor hermoso, del santo temor de Dios, de la ciencia del cielo y de la dulce esperanza. En mí reside la plenitud de esa gracia que muestra el camino y conduce a la verdad. En mí se encuentra toda esperanza de virtud y de salvación.

Y Corazón de María, fuente inagotable de todo bien;

R Infunde tus virtudes en los corazones de tus siervos.

OREMOS

Oh Dios de infinita clemencia, que velando siempre por la salvación de los pecadores y por el amparo de los desgraciados, diste a la Bienaventurada Virgen María un corazón semejante al de tu mismo Hijo Jesús, y la hiciste fuente perenne de dulzura y de misericordia, dignate conceder a los que veneramos ese Corazón inmaculado, que con el auxilio de sus méritos y de su intercesión poderosa, logre-

mos reproducir en nosotros la verdadera imagen de tu Corazón adorable. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. R Amén.

PRIMA

Y Santa María, Madre de Dios:

R Haz mi corazón semejante al tuyo.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R Defiéndame tu poder de mis enemigos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Corazón admirable,
Portento de riquezas
Que al ángel embelesas,
Santa arcá del maná.

Trono del Rey de reyes,
Cielo del cielo espléndido,
Del Verbo templo místico
Aurco altar de la paz.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. El Corazón de María es un campo impregnado de suavísimos olores, en el cual se halla escondido no sólo el tesoro de los ángeles, sino aun el inmenso e inapreciable tesoro de Dios Padre. Feliz el que vende todo cuanto tiene para comprar ese campo precioso.

✠ Corazón Sacratísimo de María:

R Enciende mi corazón en el divino amor en que te abrasas.

OREMOS

Oh Dios, que hiciste a la bienaventurada Virgen María superior a todas las criaturas, participante del Corazón de Jesucristo e imagen fiel de sus infinitas perfecciones, te rogamos humildemente nos concedas la gracia de venerar de tal modo el Corazón de María y sus íntimos afectos, que mediante su valimiento consigamos imitar a Jesucristo, y consumar nuestra unión contigo. Así te lo pedimos.



por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.
R. Amén.

TERCIA

Y Santa María, Madre de Dios:

R. Haz mi corazón semejante al tuyo.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R. Defiéndame tu poder de mis enemigos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Nada hay en cielo y tierra
Que a esta arca santa iguale;
Tesoro do se encierra
Cuanto nos dió el Señor.

De tus devotos eres
Gloria, esperanza, honor:
Oh Madre, a tí nos ligue
La ley de eterno amor.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antifona. La santidad es propia de la casa de Dios: siendo esta casa el Corazón de María, adoremos a Jesucristo, su esposo, que habita en ella.

✠ Alabe todo espíritu al Señor:
R. Que reina en el Corazón de María.

OREMOS

Dígnate, oh Dios de misericordia, disponer que se enseñoree de nuestros corazones el Espíritu Santo, que habiendo herido con sus dardos el Corazón de la Madre Santísima de tu Hijo, lo inflamó en el amor inmenso de tu caridad, a fin de que así como operó libremente en ella los prodigios de su gracia, así también después de crucificar en nosotros los vicios y desordenados apetitos de la carne, se digne regenerarnos por la santidad de sus dones. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. R. Amén.

SENTA

Y Santa María, Madre de Dios:

R Haz mi corazón semejante al tuyo.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R Defiéndame tu poder de mis enemigos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya.

HIMNO

Amor de Dios esencia,
Que abrasas a María,
Consume el alma mía
Y todo corazón.

Prodigio eres, oh Madre,
De puro y casto amor;
En tí el divino Espíritu
Su triunfo consiguió.

En Tí con santo júbilo
Dios posa su mirada,
Y espera, en tí confiada,
Su dicha la creación.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,

Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antifona. Oh María, Madre de Dios,
tu Corazón es la puerta oriental por
donde el Señor ha entrado en nosotros
y por donde esperamos nos haga llegar
hasta el trono de su Divinidad.

Y En tu corazón, oh María, se alber-
ga la salud y la vida.

R El gozo sin fin y la eternidad glo-
riosa.

OREMOS

Oh Dios que quisiste que el Corazón
de María fuese un corazón enteramente
puro, exento de toda mancha y adornado
de todas las virtudes, dignate librnos
también de todo pecado y colmarnos de
abundantes gracias y virtudes. Así te lo
pedimos por Jesucristo Nuestro Señor.
R Amén.

NONA

Y Santa María, Madre de Dios:

R Haz mi corazón semejante al tuyo.

Y Acude, Señora, en mi defensa:

R Defiéndame tu poder de mis ene-
migos.

Y Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

HIMNO

¿Hay algo más sagrado
Que amor de Virgen Madre?
¿Hay al eterno Padre
Más grato Corazón?

Del hombre Ella es defensa,
Solaz del alma herida,
Oráculo, luz, vida,
Que a su grey dió el Señor.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de la Madre de Dios, Tú eres el verdadero Santo de los Santos, en que entra y sale el sol de Justicia y Pontífice de nuestras almas según el orden de Melquisedech, Tú eres el místico tálamo en que el Rey de la gloria se une con la Iglesia su esposa.

v. Haz, Señor, que amemos a la Virgen tu Madre santísima.

R. A esa Madre tan tierna que Tú mismo nos diste.

OREMOS

Oh dulcísimo Jesús, que tan grande amor profesas a la Santísima Virgen y que tan amado eres de ella, te suplicamos nos concedas que así como junto contigo somos amados por ella con el más tierno y ardiente amor, así también la amemos contigo con el amor más ardiente y tierno. Así te lo pedimos por la más dulce de todas las madres, por aquella cuyo Corazón es la más perfecta imagen del tuyo, oh Señor, que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. R. Amén.

VISPERAS

v. Santa María, Madre de Dios.

R. Haz mi corazón semejante al tuyo.

v. Acude, Señora, en mi defensa:

R. Defiéndame tu poder de mis enemigos.

v. Gloria, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

HIMNO

La Madre como el Hijo
¡Oh inmensa caridad!
Anhelan por el nuestro
Su corazón cambiar

Devotos de María,
Sois hijos de su amor:
Amadla con ternura,
Rendidle el corazón.

Esclavos de la muerte,
Por Madre Ella se os brinda;
Tanta bondad os rinda,
Corresponded su amor.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. Dános, oh Virgen Santísima, tu Corazón como prenda de amor y

lugar de refugio, para que siempre, y sobre todo en la hora de nuestra muerte, encontremos en él consuelo y descanso.

v. Comunícenos la gracia que atesoras en tu Corazón.

r. Socórrenos en nuestra última hora y alcanzaremos la vida eterna.

OREMOS

Santa María, Madre de nuestro Señor Jesucristo y Señora del univesro, que a nadie rechazas y a nadie desamparas, mírame con ojos de clemencia y de piedad, y alcánzame de tu Hijo querido el perdón de todos mis pecados, a fin de que, después de haber alcanzado los méritos y cantando con devoción y afecto las alabanzas de tu santo é inmaculado Corazón, logre alcanzar el premio de la eterna bienaventuranza que ha de concederme el mismo Jesucristo nuestro Señor, que nació de de Tí, oh Madre Virgen, y que siendo Dios vive y reina por los siglos de los siglos. r. Amén, .

COMPLETAS

v. Santa María, Madre de Dios.

r. Haz mi corazón semejante al tuyo.

v. Acude, Señora, en mi defensa:

R. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

HIMNO

De Cristo y de María,
Grabada en letras de oro,
La imagen, cual tesoro,
En el alma guardad.

Oh Corazón Sagrado,
Morada de Dios trino,
Do encuentra el peregrino
Consuelo en su orfandad.

Tus glorias son inmensas,
Magníficos tus dones:
Que nuestros corazones
Te alaben con fervor.

Oh Trinidad, oh vida
Del alma de María,
Sed nuestra luz y guía,
Sed nuestro dulce amor.

Antífona. Bendito sea tu Santísimo Corazón, oh María: ese corazón en que se hallan escritos los nombres de los escogidos y en que te suplico grabes también el mío con caracteres indelebles.

v. Oh preciosísimo Corazón de María, vida de nuestros corazones.

R. Dígnate poseerlos por toda la eternidad.

OREMOS

Oh Jesús, Señor nuestro, que por el más singular beneficio te has dignado proveer a nuestras necesidades, dando a tu Santísima Madre un Corazón lleno de celo por la salvación de los hombres, dígnate darnos también un corazón lleno de veneración y de amor, ó más bien, tu mismo Corazón y el de María, a fin de que con el tuyo podamos amarla eternamente, y amarte así mismo a tí con el de tu Santísima Madre. Concédenos esta, gracia, oh Tú, que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. R.

Amén.



LETANIAS

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Señor, ten piedad de nosotros,
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, oídnos.
Jesucristo, escuchadnos.

Padre celestial que sois un solo
Dios

Dios Hijo Redentor del mundo

Dios Espíritu Santo

Corazón de Jesús, Hijo del Pa-
dre Eterno

Corazón de Jesús, formado por
el Espíritu Santo en el seno de la
de la Virgen Madre

Corazón de Jesús, unido substan-
cialmente al Verbo divino

Corazón de Jesús, de infinita ma-
jestad

Corazón de Jesús, templo sagrado
de Dios

Ten piedad de nosotros.

(*)

Corazón de Jesús, tabernáculo del
Altísimo

Corazón de Jesús, morada de Dios
y puerta del cielo

Corazón de Jesús, horno ardiente
de caridad

Corazón de Jesús, asilo de la justi-
cia y del amor

Corazón de Jesús, lleno de bon-
dad y de amor

Corazón de Jesús, abismo de to-
das las virtudes

Corazón de Jesús, dignísimo de
toda alabanza

Corazón de Jesús, Rey y centro de
todos los corazones

Corazón de Jesús, en el cual se
hallan todos los tesoros de la sabidu-
y de la ciencia

Corazón de Jesús, en el cual resi-
de toda la plenitud de la Divinidad

Corazón de Jesús, en el cual el
Padre puso sus complacencias

Corazón de Jesús, de cuya abun-
dancia todos recibimos

Ten piedad de nosotros.

(*)

Corazón de Jesús, el deseado de
los collados eternos

Corazón de Jesús, paciente y mi-
sericordiosísimo

Corazón de Jesús, poderoso para
con todos los que os invocan

Corazón de Jesús, fuente de vida
y de santidad

Corazón de Jesús, propiciación por
nuestros pecados

Corazón de Jesús, saciado de opro-
bios

Corazón de Jesús, rasgado por
nuestras culpas

Corazón de Jesús obediente hasta
la cruz

Corazón de Jesús traspasado con
la lanza

Corazón de Jesús, fuente de todo
consuelo

Corazón de Jesús, nuestra vida y
nuestra resurrección

Corazón de Jesús, nuestra paz y
nuestra reconciliación

Ten piedad de nosotros.

(*)

Corazón de Jesús víctima de los
pecadores

Corazón de Jesús, salud de los que
en vos esperan

Corazón de Jesús esperanza de los
que mueren en vuestra gracia

Corazón de Jesús, delicia de todos
los santos

Ten piedad de nosotros. (*)

Cordero de Dios que quitáis los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que borráis los pecados del mundo, oídnos, Señor.

Cordero de Dios, que borráis los pecados del mundo, tened piedad de nosotros, Señor.

Jesús manso y humilde de corazón.

Haced mi corazón semejante al vuestro.

OREMOS

Omnipotente y eterno Dios, mirad el Corazón de vuestro amadísimo Hijo y las alabanzas y satisfacciones que por los pecadores os ha ofrecido y conceded,

apacado por sus méritos, el perdón de sus pecados a los que imploran vuestra misericordia en nombre de vuestro Hijo Jesucristo, que con Vos vive y reina en unión del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén,

ACTO DE DESAGRAVIO

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y AL
PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Oh! Corazón amantísimo de mi Salvador, penetrado del más vivo dolor a vista de las ofensas que habéis recibido y recibís aun todos los días en el Sacramento del altar, me postro en vuestra presencia para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera yo, con mi veneración y mi respeto, reparar cumplidamente vuestro honor menoscabiado! ¡Ojalá me fuese dado borrar con mis lágrimas, y hasta con mi sangre, tantas irreverencias, tantas profanaciones tantos sacrilegios como se cometen contra Vos! ¡Ojalá pudiera suplir con llamas de

encendido amor la frialdad y criminal indiferencia de tantos malos cristianos! ¡Oh, y cuán bien empleada estaría mi vida si lograrse darla por tan digno motivo! Otorgadme, oh Dios mío, el perdón que imploro de Vos para tantos impíos que contra Vos blasfeman, para tantos infieles que os desconocen; para tantos herejes y cismáticos que os deshonran, para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor, y finalmente, para mí que con tanta frecuencia os he injuriado. Trocad mi corazón delincuente y dadme otro conforme al Vuestro. Dadme un corazón contrito y humillado, un corazón puro y sin mancha, un corazón del todo consagrado a vuestra gloria y víctima de vuestro amor, a fin de que pueda consolar a vuestro Corazón entristecido por nuestras ingratitudes. Sí, os lo prometo, Corazón adorable, repararé en lo sucesivo tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción y fervor en recibirlos.

Y Vos, oh Corazón inmaculado de María, unido con el Corazón de Jesús en el

amor que nos profesa, y víctima como el suyo de la ingratitud de los hombres, dignaos aceptar, en desagravio de los muchos ultrajes que se os han inferido, la ofrenda que os hacemos de nuestro dolor y de nuestro amor. Si mis culpas son las que han afligido vuestro purísimo Corazón, me hallo en la obligación de desagraviarle, y quiero para ello estar animado de los sentimientos de respeto, amor y reconocimiento que os son debidos. Os ofrezco mis alabanzas, mi dolor, mis pesares. Ah! por qué no me es dado reparar con los más puros afectos de mi corazón el olvido, la ingratitud, el desprecio y el odio de que ha sido y es todavía objeto vuestro amabilísimo Corazón!

Oh divinos Corazones de Jesús y de María, si mis sentimientos no bastan los Vuestros son superabundantes. Os ofrezco, pues, esos admirables sentimientos que reciprocamente os animan, en desagravio de todo lo que os han hecho sufrir nuestras ingratitudes. Oh divinos Corazones, recibid la ofrenda que os hacemos, perdonad a vuestros hijos ingratos, y bendecidlos en el tiempo y en la eternidad.

ORACION REPARADORA

PARA LOS VIERNES DEL AÑO

Divino Salvador Jesús, dñgnate mirar con ojos de misericordia a tus hijos, los Socios de los Sagrados Corazones, que unidos por un mismo pensamiento de Fé, de Esperanza y de Amcr, vienen a deplo-
rar ante tu Sacratísimo Corazón sus infidelidades y las de sus hermanos culpables. ¡Ojalá podamos con nuestras solemnes y unánimes promesas, conmover ese Divino Corazón y obtener de Él misericordia para nosotros, para el mundo infeliz y criminal y para todos aquellos que no tienen la dicha de conocerte y amarte.

Sí, de hoy en adelante lo prometemos todos,

Por el olvido e ingratitud de los hom-
bres, *

Por tu desamparo en el sagrado Ta-
bernáculo, *

Por los crímenes de los pecadores, *

Per el odio de los impíos, *

Te consolaremos, Señor.

Por las blasfemias que se vomitan
contra Tí,

Por las injurias hechas a tu Divini-
dad,

Por las inmodestias e irreverencias
cometidas en tu adorable presencia,

Por las traiciones de que eres víctima
adorable,

Por la frialdad de la mayor parte de
tus hijos,

Por el desprecio que se hace de tus
amorosos convites,

Por la infidelidad de los que se dicen
tus amigos,

Por el abuso de tus gracias,

Por nuestras propias infidelidades,

Por la incomprensible dureza de
nuestros corazones,

Por nuestra tardanza en amarte,

Por nuestra tibieza en tu santo ser-
vicio,

Por la amarga tristeza que te causa la
perdición de las almas,

Por tus largas esperas a la puerta de
nuestros corazones,

Te consolaremos, Señor.

Por los amargos rechazos con que
eres insultado, *

Por tus quejas de amor, *

Por tus lágrimas de amor, *

Por tu cautiverio de amor, *

Por tu martirio de amor. *

Te consolaremos, Señor.

ORACIÓN.

Oh Jesús, divino Salvador mío, de cuyo Corazón se ha desprendido esta dolorosa queja: "*Consoladores busqué y no los he hallado,*" dignate aceptar el modesto tributo de nuestros consuelos, y asístenos tan eficazmente con el auxilio de tu divina gracia, que huyendo cada vez más en lo venidero de todo lo que pudiera desagradarte, nos mostremos en toda circunstancia, tiempo y lugar, tus hijos más fiel y obsecuentes. Te lo pedimos por Tí mismo, que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.



ACTO DE REPARACION

AL CORAZÓN ADORABLE DE JESÚS,
POR TODOS LOS CRÍMENES PÚBLICOS.

Yo os adoro, divino Corazón de Jesús, Corazón adorable del Dios Criador del cielo y de la tierra, del Rey universal de las naciones y dueño absoluto de todas las cosas! Vos sois, Jesús, el Santo, Vos el Señor, Vos el Altísimo, Vos nuestro único Dios, Redentor y Bienhechor, que en los excesos de vuestra bondad nos habéis colmado de beneficios. Pero ¡ay! que en vez de corresponder con gratitud a tantas larguezas, hemos pecado, Señor, hemos obrado la iniquidad, hemos procedido impíamente, y nos hemos apartado de vuestros juicios y mandamientos.

Pero, no miréis ¡oh Dios piadosísimo! nuestras iniquidades, sino sólo vuestras misericordias. Apartad de nosotros vuestra ira, aléjense vuestros castigos de este pueblo.

Señor, por todas nuestras iniquidades, ✱
Por los pecados de nuestros compatrio- ✱
tas, ✱
Por las culpas de los magistrados, ✱
Por los extravíos de los legisladores, ✱
Por los delitos de los padres de familia, ✱
Por las culpables cobardías de los católi- ✱
cos, ✱
Por las públicas apostasías y traiciones, ✱
Por las maldades de todo nuestro pue- ✱
blo, ✱
Por todas las impiedades y blasfemias, ✱
Por todos los perjurios y sacrilegios, ✱
Por la profanación de las cosas santas, ✱
Por la persecución contra la Iglesia, ✱
Por las injurias hechas al Romano Pon- ✱
tífice, ✱
Por el odio contra vuestros ministros y ✱
sacerdotes, ✱
Por los excesos licenciosos de la prensa ✱
y de los teatros, ✱
Por todos los crímenes políticos, ✱
Por todos los escándalos públicos, ✱
Por todas nuestras iniquidades. ✱

¡Perdón y misericordia, Señor!

Para nosotros, Señor, la vergüenza y
la confusión, porque hemos pecado, he-

mos procedido inicualemente. Sólo para Vos la gloria y la bendición!... Ahora, pues, Dios de infinita bondad, inclinad benigno hacia nosotros vuestros ojos, aplacad vuestro enojo, salvad a vuestro pueblo, sobre el cual ha sido invocado vuestro Santísimo Nombre, y apresurad el día dichoso en que todas las naciones se consagren a vuestro divino Corazón.

Mirad ¡oh Padre celestial y bondadoso! desde vuestro santuario y desde vuestro excelso trono, a la Víctima Santa que se inmola incesantemente por nosotros en el Altar, al amantísimo Corazón de vuestro Hijo, y por los méritos de su sangre preciosa, libradnos del poder de los impíos y escuchad nuestros votos. ¡Oh Padre celestial! tened misericordia de nosotros, dad el triunfo a la Iglesia Santa, disipad a los que persiguen vuestro Nombre, y haced ver que es feliz y socorrido el pueblo que a Vos recurre en nombre de vuestro Unigénito Hijo Jesucristo que con Vos y en unión del Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ACTO DE CONSAGRACION

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y AL
PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Doy y consagro al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo mi cuerpo, mi alma, mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, a fin de que todo cuanto hay en mí solo se emplee en honrarle, amarle y glorificarle. Tengo la firme resolución de entregarme a Él sin reserva y de emprenderlo todo por su amor, renunciando gustoso todo aquello que pueda desagradarle.

De hoy en adelante seréis Vos, oh Corazón adorable, el objeto único de mi amor, el protector de mi vida, la esperanza de mi salvación, el remedio de mi flaqueza y de mi inconstancia, el reparador de todas mis faltas, y mi más seguro asilo en la hora de mi muerte. Reconciliadme, pues, oh Corazón bondadoso, con Dios, vuestro Padre, y apartad de mí los dardos de su justa cólera. Oh Corazón amantísimo, en Vos pongo toda mi confianza, porque si mi malicia y mi debilidad

son para mí un justo motivo de temor, vuestra bondad me hace esperar todo de Vos. Que vuestro sagrado fuego consuma en mí todo lo que pueda desagradaros y estorbar la libre acción de vuestra gracia. Que vuestro purísimo amor abrase de tal modo mi corazón que no pueda jamás olvidaros ni separarme de Vos. Dignaos grabar en Vos mi nombre, porque mi más ardiente anhelo es que toda mi felicidad y mi gloria consistan en vivir y morir como esclavo vuestro.

Y Vos, oh Corazón de María, estrecha e inseparablemente unido con el Corazón de Jesús, mi deseo es que, después de vuestro Hijo, ocupéis el primer lugar en mi corazón, que desde ahora os ofrezco y os consagro. Vos seréis siempre el objeto de mi veneración, de mi amor y de mi confianza. Procuraré conformar mis sentimientos y afectos con los vuestros, y el estudio continuo de mi vida será imitar vuestras virtudes. Oh Madre vendida, dignaos abrimme vuestro corazón y recibirme en Él junto con vuestros verdaderos hijos y vuestros fieles siervos. Alcanzadme la gracia que necesito para imi-

tar vuestro admirable Corazón, así como Él ha imitado el de Jesús; amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones; enseñadme a sacar el provecho debido de los bienes y de los males de esta vida, protegedme siempre y sobre todo en la hora de mi muerte.

Oh divinos Corazones de Jesús y de María, a cuyo servicio nos consagramos, haced que ahora y siempre seamos vuestros verdaderos hijos. Amen.

ACTO DE CONSAGRACIÓN

A SAN JOSÉ PARA CONSEGUIR LA DEVOCIÓN
A LOS SAGRADOS CORAZONES

Glorioso San José, digno cual ninguno de los Santos de ser venerado, amado e invocado, a causa de vuestras relaciones inefables con Jesús y María, os tomo desde hoy por guía en el camino que conduce a uno y otro; os elijo por mi protector y mi padre. Deseo que todo mi ser pertenezca a los Sagrados Corazones, os

lo consagro, por tanto, a Vos que nunca habéis vivido sino para ellos. Nadie los ha conocido, amado y honrado como Vos, ni nadie como Vos se ha consagrado hasta tal punto a su servicio. Vuestros trabajos, vuestras fatigas, vuestras penas, vuestros gozos han sido todos para los Sagrados Corazones; habéis vivido para ellos, habéis muerto en unión de ellos. Os pedimos que nuestra vida y nuestra muerte sea semejante a la vuestra. Haced que los conozcamos como Vos, que el amor tan ardiente que les profesáis sea también el nuestro; que a ejemplo vuestro nos consagremos a ellos, nos sacrifiquemos por su gloria; y cual víctimas de expiación nos inmolemos gozosos en su honor para reparar los ultrajes que sin cesar reciben de la gratitud y malicia de los hombres. Finalmente, que nuestra vida sea como la vuestra, una vida de unión perfecta de sentimientos, disposiciones, miras e intereses con Jesús y Maria. Tal es el objeto de nuestros más fervientes votos. Ayudadnos, gran Santo, a realizarlos. Sí, ayudadnos a vivir y morir como verdaderos devotos de los Sagrados Corazones, a fin de que así merezcamos contemplar

con Vos sus grandezas y celebrar sus triunfos en la eternidad.

Que el divino Corazón de Jesús y el inmaculado Corazón de María sean siempre y en todo lugar conocidos, alabados y bendecidos, amados, servidos y glorificados. Amén.

CONCESION DE INDULGENCIAS

A favor de los fieles que se han agregado o se agregaren a la "ASOCIACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES Y DE LA ADORACIÓN PERPETUA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO".

El Excmo. Sor Vanutelli, Delegado Apostólico, concedió *in perpetum* a los fieles del Ecuador y del Perú CIEN DÍAS de indulgencia por el acto de incorporarse en la asociación; CIEN DÍAS por cada vez que hicieren una media hora de adoración como asociados; CIEN DÍAS por cada vez que asistieren a la reunión mensual de la

Asociación; CIEN DÍAS por cada vez que rezaren devotamente alguna de las horas de los parvos oficios del Sagrado Corazón de Jesús y del Purísimo Corazón de María, o alguna de las letanías y oraciones piadosas que se contienen en este librito; CIEN DÍAS por cada vez que rogaren a los Santísimos Corazones de Jesús y María de un modo especial por el Sumo Pontífice y por las necesidades de la Iglesia.

El Ilmo. Sr. Dr. José Ignacio Checa, Arzobispo de Quito, concedió a los fieles de su Arquidiócesis OCHENTA DÍAS de indulgencia en los mismos términos que el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, con solo la diferencia que al rogar a los Santísimos Corazones de Jesús y María por el Sumo Pontífice y por las necesidades de la Iglesia, se ha de pedir también por la conservación de la fe católica en la República del Ecuador en particular.

El Ilmo. Sr. Dr. Remijio Toral, Obispo de Cuenca; el Ilmo. Sr. Dr. José Ignacio Ordóñez, Obispo de Riobamba; el Ilmo. Sr. Dr. Antonio Tomás Iturralde,

Obispo de Ibarra; el Ilmo. Sr. Dr. José Antonio Lizaraburu, Obispo de Guayaquil, concedieron a los fieles de sus respectivas diócesis CUARENTA DÍAS de indulgencia en los mismos términos que el Rmo. Metropolitano.





Una hora con Jesús en el Huerto.

INTRODUCCIÓN

Primer preámbulo.

Cuántas veces en los pesares de mi vida no tengo otra expresión dentro de mí que aquel sentimental: *no hay dolor como mi dolor!*.... Pero si doy una mirada en torno mío, encuéntrome con el Varón de dolores y que profundizó hasta la sima las enfermedades del Alma, Cristo, el divino hombre, el dolorido por excelencia.

Voy a Él: lo buscaré en el huerto, donde le encontraré a solas.... ¡a solas con su dolor!....

Arrancóse de los suyos y los deja fuera de la Villa de Getsemaní, como de guardianes a que no permitiesen introducirse en esa zona del dolor consuelos ni lenitivos....y hasta de los tres discípulos más fuertes se arranca poco después dejándoles de parada delante de la gruta de la agonía....: ni Pedro, el discípulo de la fe, había de socorrer al desolado; ni Juan, el del amor, había de calentarle con afectos; ni Santiago, el del celo, había de confortarlo con consuelos.... ¡Jesús a solas con sus tristezas!; ahí en la roca viva, entre las retorcidas raíces subterráneas de los olivos! ¡ahí donde no hay luz, ni calor; ahí donde no penetran ni los símbolos materiales del consuelo!....

¿Así está mi alma?.... Ah! qué situación tan adecuada para acompañar a Cristo en su oración!.... Únome a Él; con su alma triste hasta la muerte está mi alma hasta la muerte triste!

Segundo prólogo

Ya que participo de la gran desolación del Señor, haré lo que Él hizo en su su-

prema aflicción.... ¡oraré! ¿Le pediré que pase de mi este caliz?.... Ah! como Él: llegando al colmo del dolor, oraré con más insistencia, hasta poder también yo concluir con aquel supremo arranque de conformidad: *si no puede pasar el cáliz sin que yo lo beba: ¡hágase tu voluntad!*

PUNTO PRIMERO.

Causas de la tristeza de Jesús en su oración

Afligen a Cristo en el huerto tormentos enormes presentes, que gravitan sobre Él como una mole pesadísima: terribles y negras ingratitudes de los mismos por quienes vino a la vida y se va a la muerte, de estos hombres a quienes viene a redimir, quienes ni siquiera quieren conocerlo, menos amarlo, ménos aún seguirlo. Y el Divino Redentor, todo lo ve presente desde Adán hasta el día del juicio; y lo ve, claro, sin disculpas ni subterfugios, con toda la deformidad intrínseca del pecado. Y lo ve, como dimanado inmediatamente del pueblo entre el que vivía, de su viña elegida, de los que le rodean, de los que

han estado recibiendo luces, enseñanzas y bendiciones suyas.

Más todavía: ve la iniquidad más repugnante, la ve como llaga, la ve como ropaje inmundo de leprosos, la ve como acreedora del odio más merecido, y Él asume sobre sí esa iniquidad, se allaga con ella, se reviste de leproso, toma la forma del aborrecido por Dios: por nosotros se hace Él el maldecido (Gal. III - 13)

¿A qué fin estos extremos? . . . Para curarnos, para que recaiga sobre Él el castigo de todos los culpados. Pero ¡oh! desengaño!: Jesús está previendo la inutilidad de tantos esfuerzos suyos: está viendo que a pesar de ello, muchos hombres se han de condenar, y sufre por ellos y con ellos padece los tormentos del infierno. ¡Ay! un condenado ¡cuánto sufre en toda la eternidad! . . . y Jesús en el huerto está sufriendo cuanto los condenados todos en la interminable duración del infierno sufren!

¿Se parecen en algo mis dolores a los del desolado del huerto? . . . ¡y aún me

quejo!....Sí: ¡encontré un dolor superior a mi dolor!....

PUNTO SEGUNDO

*¿Y en qué circunstancias padece
Jesucristo?....*

¿Compañía?: sus discípulos duermen como indiferentes; ¡una hora no han podido acompañarle en su dolorosa vigilia!.... sufre hasta la muerte: tedio, miedo, pavor; tiene frío, tiembla, se estremese, y suda hasta derramar su sangre en hilos que corren hasta la tierra: ¡hasta la muerte!, y la muerte tarda; ¡hasta la muerte! que es el ápice supremo del dolor humano, y la agonía se prolonga; ¡hasta la muerte!, que libra del dolor, y encuentra ese puerto de salvación en fiera tempestad, que arroja al navío ya contra las rocas durísimas del desengaño, ya sobre las turbulentas olas de la vacilación!.... pero no avanza a la deseada playa del consuelo.

Agonía es la de Cristo: lucha contra la muerte en certamen singular; contra la

muerte, que trata de arrancarle la vida a Él, autor de la vida; contra la muerte, que ha quitado la vida del alma a tantos pecadores: ¡duelo singular! Los que se disputan en la arena, ambicionan una corona, y uno solo recibe el galardón, dice el Apóstol; pero nuestro divino combatiente no llega a la meta: ni triunfa, ni se rinde; agoniza y no muere; no muere, pero tampoco vuelve al pleno de la vida: *¡llegado a la agonía, oraba con más afán!....*

COLOQUIO: Ya veo la solución, Jesús mío: mientras más sufra, más debo orar, y pues la oración para que sea provechosa ha de ser confiada, humilde, perseverante; al paso que más me circunden los tormentos, más debo confiar en Tí, menos en mí; mientras menos me consuelen y auxilien los hombres, más he de perseverar a vuestro lado; unido en el dolor, unido debo estar a tu oración!

Tu final sublime, tu corona del combate, el desenlace de tu agonía, fue, Señor, tu divino: *hágase la voluntad de Dios;*

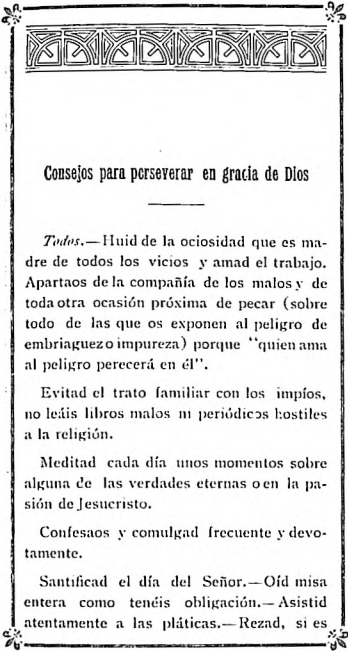
sea también mi postrera respuesta a cuantas aflicciones me rodean.

Hágase tu voluntad, Señor, así en la tierra como en el cielo!; hágase, sobre todo, aquí, dentro de mi alma, que es tierra, por lo que tiene de mí, que es cielo, por los derechos que en ella tienes tú, mi Dios y mi todo!

† Alfriano,

Obispo de Ibarra.





Consejos para perseverar en gracia de Dios

Todos.—Huid de la ociosidad que es madre de todos los vicios y amad el trabajo. Apartaos de la compañía de los malos y de toda otra ocasión próxima de pecar (sobre todo de las que os exponen al peligro de embriaguez o impureza) porque "quien ama al peligro perecerá en él".

Evitad el trato familiar con los impíos, no leáis libros malos ni periódicos hostiles a la religión.

Meditad cada día unos momentos sobre alguna de las verdades eternas o en la pasión de Jesucristo.

Confesaos y comulgad frecuente y devotamente.

Santificad el día del Señor.—Oíd misa entera como tenéis obligación.—Asistid atentamente a las pláticas.—Rezad, si es

posible, las estaciones del Via-crucis.—Sobre todo, guardaos de profanar tan santo día.

Padres de familia: educad a vuestros hijos en el santo amor y temor de Dios: sustentadles; enseñadles el rezo y la doctrina cristiana; velad sobre sus costumbres, corregidles con prudencia y castigadles con amor: dadles buen ejemplo y exigid que os obedezcan; pues si se pierden por falta del alimento y vestido necesarios, si son desobedientes y malos por vuestra debilidad, descuido o mal ejemplo, Dios os tomará cuenta de ello.

Hijos: amad y respetad a vuestros padres, obedecedles, siempre que lo que os manden no sea pecado, sobre todo, cuando os ordenan cumplir con los deberes del cristiano: Socorredles en sus necesidades y enfermedades, y no los olvidéis después de muertos. Apartaos de las malas compañías, recogeos en casa a buena hora, y, en fin, sed aplicados al trabajo.

Esposos: amaos el uno al otro. Consolaos en vuestros trabajos. Cuidaos en vuestras enfermedades. Sed fidelísimos a vuestro matrimonio, pues Dios maldice a los que hacen traición a su consorte. El marido trabaje para aumentar lícitamente

la hacienda, y no malgaste el fruto de su sudor; la mujer administre la casa con cristiana economía, y sirva con amor a su esposo en todo lo que mira al aseo y sustento de su persona. En resumen, animaos mutuamente a salvar vuestra alma, y vivid en buena armonía con los parientes y vecinos.

Doncellas: sed castas, modestas, amantes del retiro y piadosas.

Jóvenes: sed sobrios en la bebida, castos, bien hablados, temerosos de Dios y francamente católicos.

Amos: considerad que vuestros criados son hijos de Dios, como vosotros: sed, pues, compasivos con ellos. Enseñadles la doctrina cristiana y cuidad de que cumplan con la Iglesia y vivan cristianamente. No abuséis de vuestra superioridad para obligarlos a trabajar los días festivos, ni les precipitéis en el camino del mal.

Criados: sed obedientes a vuestros patrones, si lo que os mandan no es pecado. Cuidad de los bienes de ellos, como si fuesen vuestros: sedles fieles y servidles como quien sirve a Dios en la persona de ellos.

En fin tened todos una especial devoción a NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCO-

RO. Ella os ayudará a ser virtuosos y os alcanzará una buena muerte.

¡Oh María! Madre del Perpetuo Socorro, rogad por mí.

Mi protector San Alfonso, haced que en todas mis necesidades recurra a María.

MÉTODO DE VIDA PARA LAS PERSONAS
QUE ASPIRAN A LA PERFECCIÓN

I. CADA DÍA:

- 1º Observar con exactitud lo que a todos se aconseja en los actos por la mañana, entre día y por la noche. Además:
- 2º Levantarse temprano, hacer media hora de oración mental por la mañana, y otra por la noche.
- 3º Huir de las conversaciones inútiles, del ocio y todo peligro de pecar.
- 4º Un rato de lectura espiritual.
- 5º Practicar con permiso del director alguna mortificación.
- 6º Hacer la visita al Santísimo Sacramento, a María Santísima y San José, conforme se pone en este mismo ma-

nual: y nunca olvidarse del examen de conciencia por la noche, ni del santo Rosario.

7º Profesar cordial devoción a la Virgen Santísima.

2. CADA OCHO DÍAS, O AL MENOS

CADA MES SEGUN LAS OCUPACIONES Y CIRCUNSTANCIAS LO PERMITAN:

- 1º Confesarse y comulgar. Al efecto escoger un confesor sabio y virtuoso a la vez, y someterse a su dirección en todos los asuntos de conciencia.
- 2º Hacer un día de retiro espiritual como preparación para la muerte.
- 3º Recorrer las estaciones del via-crucis, y hacer un serio examen de conciencia de todo el mes.
- 4º Celebrar con especial fervor las novenas y fiestas de la Virgen Santísima y recibir en ellas los santos sacramentos.

3. CADA AÑO:

Asistir a algún retiro o ejercicios espirituales y hacer en esta ocasión una confesión extraordinaria desde el año anterior.

MÁXIMAS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES

¿De qué sirve ganar el mundo y perder el alma?

Todo se acaba, pero la eternidad no pasa nunca.

Piérdase todo, con tal que no se pierda a Dios.

Ningún pecado, por ligero que sea, es pequeño mal.

El que quiere agradar a Dios, niéguese a sí mismo.

Todo lo que se hace por propia satisfacción, es perdido.

Para salvarse es preciso temer las caídas.

Todo lo que quiere Dios, es santo y perfecto.

El que no desea más que a Dios está siempre contento, en cualquier suceso.

El mundo entero no puede satisfacer nuestro corazón, y Dios sólo lo contenta.

Todo nuestro bien consiste en amar a Dios; y el amor de Dios consiste en hacer su divina voluntad.

Toda nuestra riqueza está en la oración.

El que es verdaderamente humilde de corazón, se complace en verse despreciado.

Para quien piensa en el infierno merecido, es ligera toda otra pena.

La verdadera caridad consiste en hacer bien al que nos hace mal.

En las cosas terrenas escoger lo peor; en las espirituales, lo mejor.

Nunca deja Dios sin premio un buen deseo.

Vida santa y gustos sensuales no pueden estar juntos. El que confía en sí mismo, se pierde; el que lo hace en Dios, todo lo puede.

¿Qué otro mayor gusto puede tener un alma que saber que da gusto a Dios?

Dios se comunica íntimamente al que todo lo deja por su amor.

Todo lo sufre en paz el que contempla a Jesús crucificado.

Es gracia especial que debemos pedir a Dios, el tener una tierna devoción a su divina madre.

DIVERSAS ASPIRACIONES Y JACULATORIAS

Jesús, amor mío, no permitáis que me separe nunca de Vos.

Dadme vuestro amor, ¡oh Jesús mío! y nada más os pido.

¿A quien he de amar sino a Vos? ¡oh Jesús mío!

Héme aquí, Señor: haced de mí lo que os agrade.

Jesús, amor mío, haced que sea todo vuestro, antes que llegue mi muerte.

Eterno Padre, por amor de Jesucristo, tened piedad de mí.

¡Ojalá pudiera, Jesús mío! sacrificarme todo por Vos!

A Vos ¡oh amor mío! consagro toda la vida que me queda: Jesús mío, muy ingrato sería yo, si después de tantas gracias os amare poco.

¡Oh Jesús mío! si yo os amo poco, dadme el amor que queréis de mí.

Haced ¡oh Dios mío! que yo conozca el bien inmenso que sois Vos, para que os ame.

Deseo, ¡oh Dios mío! amaros mucho en esta vida para amaros mucho más en la otra.

Dios eterno, espero amaros por toda la eternidad.

¡Oh! quién os hubiese siempre amado, Jesús mío ¡Ojalá me hubiera muerto antes de ofenderos!

¡Oh mi Dios! gózome de que Vos sois infinitamente bienaventurado.

¡Oh Jesús mío! hoy es el día en que yo me doy todo a Vos.

¡Oh Dios mío! enviadme cualquier otro castigo, con tal que no me privéis de vuestro amor.

¡Oh Dios de amor! dadme amor.

¡Oh María! hacedme todo de Dios.

¡Oh Madre mía! haced que yo siempre recurra a Vos.

¡Oh Reina mía! Vos me habéis de hacer santo, así lo espero.

Dulce Corazón de mi Jesús, haced que siempre yo os ame más y más.

(100 días de indulgencias).

Dulce Corazón de María, sed la salvación mía.

(100 días de indulgencias)

San José, amigo del Sagrado Corazón, ruega por nosotros.

(100 días de indulgencias)

Jesús mío, misericordia.

(100 días de indulgencias)

AFFECTOS

DE CONFIANZA.—En vuestras manos encomiendo mi espíritu, porque Vos me habéis redimido. ¡Oh Dios de verdad y de misericordia!

Jesús mío, ¿cómo me habéis de negar el perdón, no habiéndome negado la sangre y la vida?

¡Oh Señor y Dios mío! en tí confío y no quedarán defraudadas mis esperanzas.

¡Oh buen Jesús! metedme en vuestras llagas.

Pasión sagrada de Jesús, tú eres mi esperanza.

Llagas amorosas de mi Jesús, vosotras sois mi esperanza.

Sangre preciosísima de mi Jesús, tú eres mi esperanza.

Muerte santísima de Jesús, tú eres mi esperanza.

María, Madre dulcísima, Vos me habéis de salvar, apiadaos de mí, pobre pecador.

¡Oh María Madre de Dios y de los pecadores! rogad por mí a Jesús.

Glorioso Patriarca san José, interceded por mí. Por Vos espero que me miren con compasión Jesús y María

DE CONTRICIÓN. Jesús mío y Juez mío, perdonadme antes de juzgarme.

¡Ah Dios mío! ¡Quién no os hubiera ofendido jamás!

No, Dios mío, no merecíais Vos que yo os tratara con tal ingratitud.

Me pesa, Dios mío, con toda mi alma, y sobre todas las cosas haberos ofendido.

Padre mío amorisísimo, yo me alejé de Vos, desprecié vuestra gracia, os perdí voluntariamente; más Vos, perdonadme por el amor y por la sangre de Jesucristo.

Señor y Dios mío, en la vida que me resta, sea breve o larga, quiero amaros de todo corazón.

¡Oh María, Madre mía! alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, el perdón y la perseverancia.

DE AMOR. Dios mío, bondad infinita y digno de todo amor, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón.

Señor mío, no soy digno de amaros por haberos ofendido; mas por amor de Jesucristo, haced que yo os ame con toda mi alma.

¡Oh Jesús mío! quiero padecer y morir por Vos, ya que Vos padecisteis hasta morir por mí en el árbol santo de la cruz.

Señor mío, castigadme como queráis, pero no me privéis de poder amaros.

Dios mío, dadme la salvación para amaros en el cielo con un amor eterno e infinito.

Jesús mío, yo quiero padecer cuanto Vos queráis, y morir, si esta es vuestra voluntad.

Señor mío, no permitáis que tenga que separarme de Vos.

Dios mío, hacedme todo vuestro antes que muera, para que no pueda perderos jamás. Yo desearía amaros cuanto merecís.

¡Oh María, Madre mía! yo os amo mucho y deseo amaros eternamente en el cielo: unidme todo a mi Dios.

DE RESIGNACIÓN.—Dios mío y mi Señor, héme aquí dispuesto a cumplir en todo vuestra santísima voluntad: sólo quiero lo que Vos queráis, deseo padecer cuanto Vos queráis, y morir como Vos queráis.

Señor mío, en vuestras manos encomiendo mi alma y mi cuerpo, mi vida y mi muerte.

te. Ora me consoléis, ora me aflijáis, yo os amaré siempre, y siempre bendeciré vuestro santo nombre.

¡Oh Padre eterno! aceptad mi muerte; yo os la ofrezco unida a la de mi Señor Jesucristo.

¡Oh voluntad de Dios! vos sois mi único amor.

¡Oh beneplácito de mi Dios! yo os lo sacrifico todo.

DE DESEO DEL CIELO.—¡Dios mío! ¿cuándo llegará la hora en que contemple vuestra hermosura infinita y pueda veros cara a cara?

Yo os amaré siempre en el cielo, Vos también siempre me amaréis, y de este modo nos amaremos mutuamente por toda la eternidad.

¡Oh Dios mío! amor mío y mi todo.

Jesús mío, cuándo podré besar las llagas que por mí os abrieron?

¡Oh María! ¿cuándo llegaré a verme a vuestros pies, para no separarme más de vuestra compañía?

Ea, pues, Señora, abogada nuestra, volve hacia mí tus ojos misericordiosos.

¡Oh Madre Mía! muéstrame, después de este destierro, a Jesús, fruto bendito de tu vientre.



AFECTOS AL BESAR EL CRUCIFIJO

¡Oh Jesús mío! no miréis mis pecados, sino lo que habéis padecido por mí.

Padre mío y Pastor divino de mi alma, acordaos de que yo soy una de vuestra oveja, por la que sufristeis la muerte.

Acepto Jesús mío, el padecer y morir por Vos, que habéis padecido y muerto por mí.

Vos os disteis todo a mí, yo me doy todo a Vos.

Vos, Señor, tan inocente y santo padecisteis por mí más de lo que padezco yo, miserable pecador.

Amado Redentor mío, me abrazo a vuestros pies, como la Magdalena: hacedme conocer que me habéis perdonado.

Padre eterno, Vos me disteis a vuestro Hijo por mi Redentor, y yo os ofrezco mi vida y mi muerte.

Dios mío, perdonadme por amor a Jesucristo.

Jesús mío, es verdad que he merecido mil veces el infierno, pero Vos perdonadme por vuestra infinita misericordia.

Señor y Padre mío, Vos, que no os apartasteis de mí cuando huía de Vos, no me abandonéis ahora que os busco.

Jesús dulcísimo, no permitáis que me separe de Vos.

Creo en Vos, Dios mío, verdad infalible.
Espero en Vos, misericordia infinita. A
Vos amo, bondad inmensa, amabilísima.

Sangre de mi Jesús, lávame
Pasión de mi Jesús, sálvame.

¡Oh buen Jesús, escuchame.

¡Oh María! ahora es tiempo de ayudar a
vuestro esclavo.

¡Oh Madre mía! no me abandonéis.

¡Oh Dios eterno! deseo y espero amaros
por toda la eternidad.

Jesús mío, os recomiendo mi alma resca-
tada con el precio de vuestra preciosa san-
gre.

Señor mío Jesucristo, recibid mi espíritu.
En vuestras manos encomiendo mi alma.

Dios mío, ayudadme; dejadme llegar a
Vos para amaros eternamente.

Jesús mío, amor mío, yo os amo y me
arrepiento de haberos ofendido.

Jesús mío, salvadme por vuestra pasión.
María, Madre mía, ayudadme.

Glorioso Patriarca san José, defendedme.
Angel de mi guarda, asistidme.

Santo de mi nombre, recomendadme a
Jesucristo.

SUPPLICAS

A JESÚS CRUCIFICADO PARA OBTENER LA GRACIA DE UNA BUENA MUERTE

Jesús, Señor Dios de bondad, Padre de misericordia, aquí me presento delante de Vos con el corazón contrito, humillado y confuso, encomendándoos mi última hora y la suerte que después de ella me espera.

Cuando mis pies perdiendo el movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo está ya para acabarse;

R. *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis manos trémulas y torpes no puedan ya estrechar el Crucifijo, y a pares mío, le dejen caer sobre el lecho de mi dolor;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis ojos apagados y amortecidos
con el dolor de la muerte cercana fijen en
Vos miradas lánguidas y moribundas;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis labios fríos y balbucientes
pronuncien por última vez vuestro santísi-
mo Nombre;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi cara pálida y amoratada cau-
se ya lástima y terror a los circunstantes,
y los cabellos de mi cabeza bañados del
sudor de la muerte anuncien que está cer-
cano mi fin;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis oídos próximos a cerrarse
para siempre a las conversaciones de los
hombres, se abran para oír de vuestra boca
la sentencia irrevocable que fije mi suerte
para toda la eternidad;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi imaginación agitada de es-
pantosos fantasmas se vea sumergida en
mortales congojas, y mi espíritu, perturba-
do del temor de vuestra Justicia a la vista
de mis iniquidades, luche con el enemigo
infernál, que quisiera quitarme la esperan-

za de vuestra misericordia y precipitarme en el abismo de la desesperación;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi corazón débil y oprimido del dolor de la enfermedad esté sobrecogido del horror de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que hubiere hecho contra los enemigos de mi salvación;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recibidlas, Señor, en sacrificio de expiación, para que muera víctima de penitencia, y en aquel momento terrible;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mis parientes y amigos juntos al rededor de mí lloren al verme en el último trance, y cuando invoquen vuestra misericordia en mi favor;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando perdido el uso de mis sentidos, desaparezca el uso de mi vista, y gima entre las últimas agonías y congojas de la muerte;

Jesús misericordioso, etc.

Cuando mi alma salga para siempre del cuerpo, dejándole pálido, frío y sin vida,

aceptad la destrucción de él como un tributo que desde ahora ofrezco a vuestra divina Majestad, y en aquella hora;

Jesús misericordioso, etc.

En fin, cuando mi alma comparezca delante de Vos para ser juzgada, no la arrojéis de vuestra presencia, sino dignaos recibirla en el seno amoroso de vuestra misericordia, para que cante eternamente vuestras alabanzas;

Jesús misericordioso, etc.

ORACIÓN

Oh Dios mío, que condenándonos a la muerte nos habéis ocultado el momento y la hora, haced que viviendo santamente todos los días de nuestra vida, merezcamos una muerte dichosa abrasados en vuestro divino amor. Por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y de su Madre santísima. Amen.





PRIMERA ESTACION

JESÚS CONDENADO A MUERTE

*Vl. Adoremus te, Criste, et
benedicimus tibi.*

*Vl. Te adoramos, Señor, y
bendecimos*

*Rl. Quia per Crucem tuam
redimisti mundum.*

*Rl. Porque con tu santacruz
redimiste al mundo*

¿Lo ves, alma mía? Está el inicuo juez
sentado en el tribunal, y a sus pies el hijo
de Dios, Juez de vivos y muertos, lleno de
confusión, las manos atadas como un faci-
neroso, oyendo la más injusta e ignominio-
sa sentencia ¡Oh Jesús mío amantísimo!
¡Vos, autor de la vida, condenado a muer-
te! ¡Vos, la inocencia y santidad misma

condenado a morir en un infame patíbulo como el más insigne malhechor! ¡Ay! ¡qué amor tan grande el vuestro, y qué ingratitud tan monstruosa la mía, pues os condeno de nuevo a la muerte cada día! ¿Y por qué? Por un sucio deleite.... por un mezquino interés.... por un puntillo de honra.... por un *qué dirán*.

Perdonadme, dulcísimo Jesús mío, y por esa inicua sentencia, no permitáis que yo sea un día condenado a la muerte eterna que merecían mis pecados. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

(1) V/. Miserere nostri
Domine

R/. Miserere nostri

V/. Fidelium animæ per
misericordiam Dei
requiescant in pace.

R/. Amen.

V/. Ten. Señor, piedad
R/. Piedad, Señor, piedad

V/. Que las almas de los
fieles difuntos por la misericordia de Dios descausen en paz

R/. Amén

Por mí, Señor, inclinas
El cuello a la sentencia
Que a tanto la clemencia
Pudo llegar de Dios.

1. Adoptamos este modo de principiar y concluir las estaciones ya por que facilita mucho este piadoso ejercicio, ya por ser el método que adoptan los *La Cruz* aprobados por Sumos Pontífices, y propuestos como modelo por la sagrada Congregación de Indulgencias.

Oye el pregón, oh Madre,
Llevado por el viento,
Y al doloroso acento
Ven del Amado en pos.

*Llevemos animosos
Las cruces abrazadas,
Sigamos sus pisadas
Con llanto y compasión.*

SEGUNDA ESTACION

SALE JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

Adoramus te, Criste, etc., como en la primera estación.

¿Y queréis, inocentísimo Jesús mío, llevar Vos mismo, cual otro Isaac, el instrumento del suplicio? ¡Estáis exhausto de fuerzas! ¡Vuestras espaldas y hombros están doloridos y rasgados por los azotes! ¡La cruz es larga y pesada (1) ¡Y cuánto no acrecientan todavía su peso mis iniquidades y las de todo el mundo!... Sin embargo la aceptáis, y besándola la abrazáis y lleváis con inefable ternura por mi amor.

(1) Dícese comunmente que tenía quince pies de largo, y ocho el madero que atravesaba.

¿Y aborrecerás tú, pecador, la ligera cruz que Dios te envía? ¿Querrás tú ir al cielo por los deleites y regalos, yendo el inocentísimo Jesús por el dolorosísimo camino de la cruz?....

Reconozco mi engaño, Salvador mío; enviadme penas y tribulaciones, que resuelto estoy a sufrirlas con resignación y alegría por amor de un Dios que tanto padeció por mí. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria Patri.*

Miserere nostri, etc. como en la primera estación.

Esconde justo Padre,
La espada de tu ira,
Y al monte humilde mira
Subir el dulce Bien

Y tú, Señora, gime
Cual tórtola inocente;
Que tu gemir elemento
Le amansará también. *Llevemos, etc.*

TERCERA ESTACION

JESÚS CAE LA PRIMERA VEZ

Adpremus te, Criste, etc.

No extraño, dulce Jesús mío, que sucumbáis rendido al enorme peso de la cruz. Lo que me pasma y hace llorar a los Ange-

les de paz es la bárbara fiereza con que os tratan esos sayones inhumanos. Si cae un vil jumento, se le tiene compasión, lo ayudan a levantarse. Pero cae el Rey de cielos y tierra, el que sostiene la admirable fábrica del universo, y lejos de moverse á compasión, le insultan con horribles blasfemias, le maltratan y acocean con diabólico furor....

Y qué hacíais, en qué pensabais entonces, dulce Jesús mío?.... En tí pensaba, pecador, por tí sufría con infinita paciencia y alegría. Tú habías merecido los oprobios y tormentos más horribles, y yo para librarte de ellos, he querido pasar por este espantoso suplicio. ¿No estás todavía satisfecho?.... ¿Quieres aún maltratarme con nuevas ofensas? Aquí me tienes: descarga tú también fieros golpes sobre mí.

No, Jesús mío, no: antes morir que volver a ofenderos. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Miserere nostri, etc.

Oh pecador ingrato,
Ves a tu Dios caído,
Ven a llorar herido,
De contrición aquí

Levántame a tus brazos,
¡Oh bondadoso Padre!
Ve de la tierna Madre
Llanto correr por mí. *Llevemos, etc.*

CUARTA ESTACION

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE AMANTÍSIMA

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué sentiste, oh angustiada Señora, al ver aquel trágico espectáculo! ¡El pregonero con lúgubre trompeta publicando la sentencia fatal! ¡Una multitud inmensa que se agrupa profiriendo injurias y blasfemias contra Jesús! Los soldados y sayones en dos filas, y en medio de dos malhechores! ¡ay! ¿le conoces, oh Madre amantísima? ¿Es ese tu Hijo benditísimo? ¿Es ese el más hermoso de los hijos de los hombres, la beldad de los cielos y la alegría de los Angeles? ¿Aquel Hijo de Dios que con tanto regocijo pariste en Belén? ¡Ay! ¿dónde están ahora los Reyes y Pastores que entonces le adoraban? ¿Qué se han hecho los Espíritus celestiales que entonaban entonces himnos de alabanza? ¡Ay! qué tro-

cado está! ¡Sus ojos inundados de lágrimas y sangre, coronada de espinas su cabeza, todo Él hecho una llaga! ¡Oh María afligida entre todas la mujeres! ¡Oh Madre la más desolada de todas las madres! ¡Oh Hijo el más maltratado de todos los hijos de Adán! ¡Oh Jesús! ¡Oh María! perdonad a este ingrato, a este pecador, a este monstruo, causa de tanta amargura. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Miserere, nostri, etc.

Cercadla, Serafines,
No acabe en desaliento,
No muera en el tormento
La Rosa virginal

¡Oh acero riguroso!
Deja su pecho amante,
Vuélvete a mí cortante,
Que soy el criminal. *Llevemos, etc.*

QUINTA ESTACION

JESÚS AYUDADO POR EL CIRINEO

Aderamus te, Christe, etc.

Temiendo los judíos no se les muera les-
sás ante de llegar al Calvario, no por ali-

viarle, sino por la gana que tienen de crucificarle, buscan quien le ayude a llevar la cruz, y no le encuentran. ¡Había entonces en Jerusalén tantos millares de hombres, y sólo Simón Cirineo acepta este favor, y aun por fuerza.

¡Y así te desamparan, oh Jesús mío! ¿No fueron cinco mil los hombres que alimentaste con cinco panes en el desierto? ¿No son innumerables los ciegos, paralíticos y enfermos que sanaste? ¡Y nadie quiere llevarte la cruz! ¡Y ella no obstante nos predica la *latitud* de tu misericordia, la *longitud* de tu justicia, la *sublimidad* de tu poder y lo *profundo* de tu sabiduría infinita! ¡Oh misterio incomprensible! Muchos admiran tus prodigios y doctrina: mas pocos gustan de padecer contigo.

Temán, pues, los enemigos de la cruz, oyendo a Cristo que dice: *El que no lleva mi cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo. Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Miserere, nostri, etc.

Toma la cruz preciosa
Me está el deber clamando

Tan generoso cuando
Delante va el Señor.

Voy a seguir constante
Las huellas de mi Dueño;
Manténgame el empeño,
Señora, tu favor. *Llevemos, etc.*

SEXTA ESTACION

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué valor el de esta piadosa mujer! Ve aquel rostro divino a quien *descan contemplar los Angeles*, cubierto de polvo, afeado con salivas, denegrido con sangre, y movida de compasión quítase la toca, atropella por todo y acercándose al Salvador, le enjuga su rostro desfigurado.

¡Ay! ¡cómo confunde esta mujer fuerte la cobardía de tantos cristianos, que por vano temor del *qué dirán*, no se atreven a hacer el bien! ¡Oh dichosa Verónica, y cómo premia el Señor tu denuedo, dejando su rostro santísimo estampado en tres pliegues de esa afortunada toca!

¿Y no quieres, cristiano, que Dios imprima en tu alma una perfecta imagen de sus virtudes? Huella, pues, generoso el respeto humano, como la Verónica; haz con fervor, haz a menudo el *Via Crucis*; y no dudes que Jesús grabará en tu alma un fiel traslado de sus virtudes, y viéndote el Eterno Padre semejante a divino Modelo de predestinados, te admitirá en el Cielo. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Miserere nostri, etc.

Tu imagen, Padre mío,
Ensangrentada y viva,
Mi corazón reciba
Sellado con la fe.

¡Oh Reina! de tu mano
Imprímela en mi alma,
Y a la gloriosa palma
Contigo subiré Llevemos, etc.

SEPTIMA ESTACION

JESÚS CAE SEGUNDA VEZ

Adoramus te, Christe, etc.

Sí, Jesús cae segunda vez con la cruz;
nuevas injurias y golpes, nueva crueldad

de parte de los judíos; nuevos dolores y tormentos, nuevos rasgos de amor de parte del Señor. Parece que el infierno desahoga contra Él todo su furor: mas ¿qué hará Jesús? ¿Dejará la empresa comenzada? ¿Hará como nosotros, que a una ligera contradicción abandonamos el camino de la virtud? No, no: bien podrán decirle: *Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz*: por lo mismo que lo es, allí permanecerá hasta morir.

¿Y cuándo, Señor, imitaré vuestra heroica constancia? ¡Ah! no siendo coronado sino el que peleando legítimamente persevera hasta el fin; ¿de que me serviría abrazar la virtud y llevar la cruz solamente algún día? Cueste, pues, lo que cueste, quiero con vuestra gracia divina, amaros y servir os hasta morir.

*Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.
Miserere nostri, etc.*

Yace el divino Dueño
Segunda vez postrado:
Deteste yo el pecado
Deshecho en contrición.

Oh Virgen, pide amante
Que borre tanta ofensa,
Misericordia inmensa
Prodigio de perdón. Llevemos etc.

OCTAVA ESTACION

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué caridad tan ardiente! ¡Olvida sus atrocísimos dolores, y solo se acuerda de nuestras penas el amante Jesús! *Hijas de Jerusalén*, dice a las piadosas mujeres que le seguían llorando: *no lloréis mi suerte, llorad más bien sobre vosotras y sobre vuestros hijos.*

Pero ¿puede haber objeto más digno de llanto que la pasión y muerte del Hijo de Dios? . . . Sí, cristiano, hay cosa más digna de lágrimas, y de lágrimas eternas; y es el pecado. Pues el pecado es la única causa de pasión y muerte tan ignominiosa; él es origen y colmo de todos los males; el mal terrible, el único mal, mal infinito de Dios y de la criatura. ¡Y no obstante tú pecas con tanta facilidad! ¡Y te confiesas con tanta frialdad! ¡Y recaes tan amenudo en el pecado! ¡Y pasas tranquilo días, meses, años y hasta la vida entera en el pecado!

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Matronas doloridas,
Que al justo lamentáis,
¿Por qué, si os lastimáis,
La causa no llorar?

Y pues la cruz le dimos
Todos los delincuentes,
Broten los ojos fuentes
De angustia y de pesar. Llevemos, etc.

NOVENA ESTACION

JESÚS CAE TERCERA VEZ

Adoramus te, Christe etc.

¿Qué es esto, Jesús mío? ¡Vos, *resplandor de la gloria del Padre*, consuelo de los Mártires, hermosura y alegría del Cielo: Vos caído en tierra primera, segunda y tercera vez! ¿No sois Vos la fortaleza de Dios?....

« ¿Y qué, hijo mío, no has pecado tú
« más de dos o tres veces? ¿No recaes ca-
« da día innumerables veces en el pecado?
« ¿Por qué esa perpetua inconstancia en mi
« servicio? Hoy formas generosos propósi-
« tos, mañana ya están olvidados: ahora
« me entregas el corazón, y un instante

< después ya no suspiras sino por pasa-
< tiempos y liviandades. ¡Ah! yo caigo
> segunda y tercera vez para expiar tus
< continuas recaídas: caigo, para alzarte a
< tí de la tibieza; caigo, para que temerario
< no te expongas de nuevo al peligro de
< recaer en el pecado; caigo, en fin, para
< que no caigas tú jamás en el abismo del
< infierno. >

Gracias, Dios mío, por tan inefable bon-
dad: y por esta tan dolorosa caída, dadme
fuerza, os suplico, para que me levante por
fin del pecado, y camine firme y constante
en vuestro santo servicio.

Padre nuestro Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Al suelo derribado
Tercera vez el Fuerte,
Nos alza de la muerte
A la inmortal salud.

Mortales, ¿qué otro exceso
Pedimos de clemencia?
No más indiferencia,
No más ingratitud. Llevemos, etc.

DECIMA ESTACION

JESÚS DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Adoramus te, Christe, etc.

Cuando te curan una herida, por fino que sea el lienzo que la envuelve, y por cuidado que tenga la más cariñosa madre, ¿qué dolor no siente al despojarse la tela de la carne viva? ¿Cual sería, pues, el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras? Como había derramado tanta sangre, estaban pegadas a su cuerpo llagado: vienen los verdugos y las arrancan con tanta fiereza, que llevan tras sí la corona, y hasta pedazos de carne que se le habían pegado... ¿Y en qué pensabais, oh purísimo Jesús, al veros desnudo delante de tanta muchedumbre?... En tí pensaba, pecador, en los pecados impuros que sin escrúpulo cometes: por ellos ofrecía yo al Eterno Padre esta confusión y suplicio tan atroz. Sabía cuánto te costaría deshacerte de aquel mal hábito, privarte de aquel placer, romper con aquella amistad criminal: por eso permití en mi cuerpo inocentísimo tan horrible carnicería.

¡Oh inmensa caridad la tuya! ¡Oh negra ingratitude la mía! Nunca más, Señor, renovar esas llagas con desenfrenada licencia, nunca más pecar.

*Padre nuestro Ave María y Gloria Patri
Miserere nostri, etc.*

Tu bañas, Rey de gloria,
Los cielos en dulzura;
¿Quién te afligió, Hermosura,
Dándote amarga hiel?

Retorno a tal fineza
La gratitud pedía;
Cese ya, Madre mía,
De ser mi pecho infiel. Llevemos, etc.

UNDECIMA ESTACION

JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

Adoramus te, Christe etc.

¿Quién de nosotros tendría valor para sufrir le atravesasen pies y manos con gruesos clavos? ¿Quién tendría ánimo para ver así atormentado a su mayor enemigo? Pues este atroz tormento padece Jesús por nuestro amor. Ya le tienden sobre el lecho de

dolor: ya enclavan aquella mano omnipotente que había formado los cielos y la tierra; ya brota un raudal de sangre; mas esto es poco. Encogido el cuerpo con el Irío y los tormentos, no llegaban la otra mano ni los pies al agujero hecho de antemano en la cruz: los atan, pues, con cordones, y tiran con inhumana crueldad desencajando de su lugar aquellos huesos santísimos. ¡Qué dolor! ¡qué tormento!

Todo lo contempla la Madre amantísima: ningún alivio, ni una gota de agua puede dar a su Hijo: ¿y vive todavía?

¿Y no muero yo de dolor, siendo mis pecados la causa de tanto tormento?

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

El manantial divivo
De sangre está corriendo;
Ven, pecador, gimiendo,
Ven a lavarte aquí.

Misericordia imploro
Al pie del leño santo:
Virgen, mi ruego y llanto
Acepte Dios por tí. Llevemos, etc

DUODECIMA ESTACION

JESÚS MURIENDO EN LA CRUZ

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, cristiano, a esos dos malhechores crucificados con el Señor. ¡Qué maldades no habría hecho el buen ladrón! Sin embargo dice a Jesús: *Acuérdate de mí cuando estuyeres en tu reino; y al instante oye: Hoy serás conmigo en el Paraíso.* ¡Qué bondad la de Dios! ¡Cuán presto, pecador, recobrarías la gracia y amistad divina, si quisieses arrepentirte de veras!

Pero si dejas tu conversión para la muerte; ¡ay! teme, no te suceda lo que al mal ladrón. ¿Qué hombre tuvo jamás mejor ocasión para convertirse? Un Dios derramaba su Sangre por él: tenía a los pies a la abogada de pecadores, María Santísima; a su lado estaba Jesucristo, el más celoso sacerdote del mundo para ayudarle a bien morir; oye la exhortación de su compañero; ve toda la naturaleza estremecida; y sin embargo muere como ha vivido, continúa blasfemando y se condena eternamente.

¡Ah! no permitas, Jesús mío, que sordo
a tus inspiraciones divinas, deje yo mi con-
versión para la muerte. *Padre nuestro, Ave*
María y Gloria Patri.

Miserere, nostri, etc.

Muere la Vida nuestra
Pendiente del madero,
¿Y yo cómo no muero
De amor o de dolor?

¡Ay! casi no respira
La triste Madre yerta:
Del cielo abrir la puerta
Bien puedes ya, Señor. *Llevemos, etc.*

DECIMOTERCIA ESTACION

JESÚS MUERTO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE

Adoramus te, Christe, etc.

¡Ay! ¿a dónde iré, oh afligida Madre mía?
Tu hijo ha muerto; y mis pecados son los
verdugos que le enclavaron en cruz y le
dieron muerte inhumana. ¡Ay infeliz de
mí! Yo he apagado la luz de tus ojos, y
acabado la alegría de tu corazón. Sí: yo
desfiguré ese rostro hermosísimo, yo tala-

dré esos pies y manos que sostienen el firmamento, yo traspasé esa augusta cabeza, y abrí esas llagas, yo descoyunté y despedacé ese inocentísimo cuerpo, que tienes en tus brazos. ¡Ay! reo de tan horrendo deicidio ¿a dónde iré? ¿Dónde me ocultaré? Pero por monstruosa que sea mi ingratitud, tú eres mi Madre, y yo soy tu hijo. Jesús acaba de trasladar en mí los derechos que tenía a tu amor. Me arrojo, pues, en tus brazos con la más viva confianza. No me desprecies, oh dulce refugio de pecadores arrepentidos, mírame con ojos de bondad, y ampárame ahora y en el trance de la muerte. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Miserere, nostri, etc.

Dispón, Señora, el pecho
Para mayor tormenta:
La víctima sangrienta
Viene a tus brazos ya.

Con su preciosa sangre
Juntas mate no llanto,
¿Quién, Madre, tu quebranto
Sin lágrimas verá? *Llevemos, etc.*

DECIMOCUARTA ESTACION

JESÚS PUESTO EN EL SEPULCRO

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, alma cristiana, cómo José de Arimatea y Nicodemus postrados a los pies de María le piden el dulce objeto de sus caricias, y ungiéndole con preciosos aromas, le amortajan y ponen en un sepulcro nuevo de piedra. ¡Ay! ¡cuál sería el dolor de la Virgen! Sin duda: *Grande era como el mar su amargura* (1) al ver a su Hijo ensangrentado y expirando en un patíbulo infame; pero a lo menos le veía; tal vez le abrazaba y lavaba con sus lágrimas. Mas ahora, ¡oh angustiada Señora! una losa te priva de este último consuelo. ¡Oh sepulcro afortunado! ya que encierras el adorado cuerpo del Hijo y el dulcísimo corazón de la Madre, guarda también con esas prendas riquísimas el pobre corazón mío. Sea éste, Dios mío, el sepulcro donde descanséis; que los afectos puros de mi alma sean los lienzos que os envuelvan y los aromas que os

(1) Magna est velut mare contritio tua. *Jerem. Thren.* II, 12.

recreen. En fin, muera yo al mundo, a sus pompas y vanidades: para que viviendo según el espíritu de Jesús, resucite y triunfe glorioso con Él por siglos infinitos. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere, nostri, etc.

Al Rey de las virtudes
Pesada losa encierra;
Pero feliz la tierra,
Ya canta salvación.

Sufre un momento, Madre,
La ausencia del Amado;
Presto de tí abrazado,
Tendrásle al corazón. *Llevemos, etc.*





HORA SANTA

DEDICADA Á

MARIA SANTISIMA

AL PIE DE LA CRUZ

ORIGINAL DEL PRESBITERO

Ignacio González de Ariza

para que se rece especialmente los viernes de
cada semana.

PREPARACION

¿Qué aguardas, cristiano, para dedicar
siquiera un momento en la contempla-
ción de alguno de los funestos aconteci-
mientos que sirvieran para tu felicidad?

¿Qué esperas para recoger tu espíritu y preguntarte a tí mismo: ¿qué fui, qué soy, qué seré? Qué fuiste? ¡nada! qué eres? tú lo sabes, ¿qué serás? lo que quieras. Abierta está la puerta de tu porvenir, lo mismo que la de tu perdición: en ésta encuentras todos los tesoros y placeres del mundo; en aquella, todas las miserias y sufrimientos que experimentaron los justos y bienaventurados; en la primera sólo se te exigen dos cosas: amor de Dios y del prójimo: en la segunda, únicamente, inmoralidad; allí encuentras una Cruz, aquí el abismo: allí tu guía será la virtud, aquí tu precursor el vicio. Dos caminos hay únicamente para salir de este mundo: el fin de tu jornada se acerca, la vida o la muerte te espera, ¿a qué camino te diriges? o por mejor decir ¿en cuál estás? ¿en dónde te encuentras? ¿a dónde vas? Enmudeces pálido inclinas la cabeza, pero no necesitas abrir los labios para responder, se adivina la senda que pisas, no traes la marca de Jesús, se comprende las torturas de tu conciencia, y tu alma da voces extendiéndote sus brazos, como la criatura que se ahoga, y sólo con señas pide socorro y quieres disimu-

lar, y la sumerges más y más en el fondo de tus vicios. ¡Pobre de t! pobrecita de tu alma, pereciendo en tus propias manos! ¿así le pagas? ¿ese premio merece una obra que Dios mismo te dió y es hechura de sus manos? Pon la mano sobre tu pecho y sentirás repetidos golpes del corazón que avisan su intranquilidad; deja puerta franca al llanto, que humedezca tus mejillas y verás como cada una de sus gotas te acusan delante de Dios; y por más que calles, por más que disimules, ¿verdad que sientes remordimientos? ¿verdad que casi te sientes obligado a doblar las rodillas para pedir misericordia? ¿qué haces? ¿qué esperas? Los respetos humanos no te han de servir de nada en la suprema hora que te aguarda; si has obrado bien ¿por qué tanta aflicción? si mal, aún es tiempo y quizá sea el último que Dios te concede para tu salvación, pero no quieres: desprecias los toques de la divina gracia, y esperas quizás, el último momento de tu vida para manifestar tu arrepentimiento; y esta sobrada confianza no es remoto te sea castigada, y cuando busques el rostro de Jesús, mirarás sus espaldas; cuando quieras confesarte no podrás, no tendrás

tiempo, no hallarás quien te escuche, y por fin la muerte asestará su rudo golpe sobre tu cabeza cuando estés más desesperado, cuando tú mismo te persuadas de que ya no es tiempo ni hay remedio, y entonces ¡Oh Dios Santo! llantos y gemidos, invocaciones, gritos a los Santos, golpes de corazón, suspiros y esfuerzos, todo, todo te será inútil, porque la misericordia de Dios no está a tu disposición, porque despreciaste la oportunidad y se verificará en tí aquella terrible sentencia que dice:

«Me buscarás y no me encontrarás, y morirás en tu pecado».

¡Anda desventurado pecador! sigue tu camino; piedra inquebrantable, rueda al abismo Dios nuestro Señor tenga misericordia de tí!

Entretanto; a vosotras me dirijo, almas puras e inocentes; a vosotras os convido para una peregrinación en espíritu, a vosotros también, pecadores humildes, os dirijo la palabra: ¿queréis acompañarme? Venid, hijos e hijas de María, palomas dóciles, humildes ovejas del rebaño del Señor, venid y vamos al Gólgota a contem-

plar alguno de los misterios que se verificaron en la Redención del hombre, vamos con la persuasión de lo que fuimos, con el conocimiento de lo que somos, y poco a poco subiremos en alas de la contemplación hasta llegar a encontrar a la más pura de las vírgenes llorando sola al pie de la Cruz.

Vamos a consolarla si somos capaces, o a llorar con ella las amarguras de su soledad.

Dejemos al mundo y sus ilusiones, e implorando los auxilios de la divina gracia con mucho recogimiento, con mucha fé y devoción, meditemos los tres puntos siguientes:

PUNTO PRIMERO

COMPOSICIÓN DE LUGAR, JESUCRISTO
MUERTO EN LA CRUZ Y LA SANTÍ-
SIMA SEÑORA ALPIÉ DE ELLA
SIN PODER BAJARLO, NI
TENER A DONDE
SEPULTAR SUS
RESTOS.

Considera que habiendo cesado las profecías y terminado los vaticinios, de la manera más solemne se cumple la palabra

eterna. La hoguera ya no flameaba en el altar de los sacrificios, ni se volverán a degollar víctimas para inmolarlas en el nombre de Jehová.

Cesó la espectación del verdadero Mesías, acabaron las figuras y los símbolos, allí está la realidad; disipáronse las tinieblas, allí esta la luz, colocada en lo alto de la montaña, para que todo el mundo vea, para que todo corazón se inflame. A un *fiat*, de la Trinidad brotó de la nada el sacro fuego que ilumina al mundo; al *Consummatum est* brotó por decirlo así, de los labios del Verbo, la redención del hombre.

En los cielos, ésta es celebrada de la manera más espléndida; todo el lujo y santa ostentación se despliega allí en consonancia con el *hossanna* que sin cesar repiten los bienaventurados en el seno de Abraham; allí con ellos está el alma del Justo, del Hijo de Dios, y con su adorable presencia cesaron también los lacrimosos acentos, las elocuentes exclamaciones del dolor, el luto, la tristeza; todo es alegría, todo es contento y bienestar, y los mas entusiastas preparativos se veri-

fican para la triunfante entrada de Jesús y sus escogidos en la celestial Jerusalén, en donde el Eterno los espera cercado de ángeles e iluminado todo con el espíritu divino, con la indeficiente luz de la divina gracia.

Los tiernísimos acontecimientos verificados en el nacimiento de Mesías, los trabajos del camino en los desiertos; la pérdida en el templo; la predicación del Verbo; sus milagros en la vida mortal; oración del huerto, prendimiento, espinas, azotes, y por último, el sacrificio de la Cruz, todo, todo pertenece al pasado para el hijo de María; y al presente goza de las delicias que accidentalmente se aumentarán por siglos sempiternos en su infinito ser. Natural parece que la que le dió a luz y le abrigó en su regazo; la que le alimentó y cuidó en su niñez, sufriendo como él sufrió, y siguiéndole por doquiera, natural decimos, que gozara con el hijo de sus entrañas; pero no es tiempo: los inescrutables designios de la Divinidad prolongan más y más el martirio de María, y la que es Reina de los cielos y de la tierra, tiene por vasto palacio la enlutada extensión de los mortales; su trono es

una tosca piedra en donde descansa su desfallecido cuerpo; su recreo una cruz con su Hijo difunto; y mil y mil sepulcros abiertos la ofrecen la fetidez de los gusanos; en vez del régio traje de los monarcas, ostenta una humildísima túnica en donde brillan como luceros las lágrimas de sus ojos; como granates y rubíes la sangre del Cordero.

Así está la Esposa de los Cantares, así se vé la que fuera hechura del mismo Dios y gime ratificando aquellas sublimes palabras que dijera en Nazaret:

Hé aquí a la esclava y sierva del Señor,
y sus manos tintas en sangre las levanta
a los cielos pidiendo socorro, y de los
cielos no la escuchan.

Allí es hora de contento; en el Gólgota es hora de sufrir; allí la más celestial dulzura; en el alma de María el más terrenal dolor. ¡Pobre Virgen! ¡Pobre azucena entre tanta espina!

La que es refugio de pecadores no encuentra a donde abrigarse; la que es consuelo de afligidos no halla quien la consuele; acaba de dar a luz generaciones

mil, nadie se le acerca; ni por fección o curiosidad oye palabras de caridad, y sus oídos reciben la postrer carcajada del soldado que se aleja. La viveza de su imaginación la representa los cuadros de lo pasado, con tintes horrorosos que la hacen estremecer: ve el presente tal cual es, y considera el porvenir sin su Hijo, sin su Padre, sin su esposo, sin hogar donde refugiarse, sin pan que comer . . . ¡Sólo Dios! ¡Sólo el que la crió la puede conservar la vida, y se la sostiene para que más sufra, y sufre y . . . a nadie se queja . . . en silencio bebe el llanto.

En su Concepción Inmaculada, la fueron regalados tres reinos, como uno de tantos donativos de toda una Trinidad.

El reino animal, para que las aves con sus dulcísimos ecos recrearan sus oídos, arrullaran su sueño, la visitaran su delicado cuerpo con sus más finos crespones y gasas, con la variedad de sus colores: el reino mineral para que la engalanara con sus tesoros y la pusiera en sus manos las más delicadas piedras, las más finas y brillantes congelaciones de los campos orientales: y finalmente al reino vegetal le fué

mandado que alfombrara sus piés, que deleitara sus divinos ojos con el matiz de las flores, y que en copa de azucenas diera miel a sus divinos labios; y hé aquí que la divina Virgen está pobre, tan pobre que no tiene quien baje a su Hijo Santísimo de la Cruz: también pide socorro a la naturaleza, ésta se lo niega, ofreciéndola en vez de aquellos primores que hemos dicho, tierra infecunda, peñascos estériles que ruedan al abismo; bosques incultos, adonde gimen como ella, fieras espantadas, acosadas por el terror; y el canto de las aves nocturnas lastima el alma de la angustiada Sulamita; y el segundo reino, en vez de prodigarla sus riquísimos metales, la muestra los toscos clavos que taladraron los piés y manos que tantas veces besó; mientras el tercero la enseña espinas ensangrentadas; juncos con cabellos entretegidos; hojas secas, refrescadas con el rocío purísimo que brotara del costado de Jesús. Pobre María, pidiendo limosna a los cielos y la tierra!

Al primero no es posible penetren los ecos lastimeros de la Virgen en los momentos de la más perfecta alegría; y la

segunda está conmovida de pesabumbre, al ser testigo de la muerte de un Dios en el árbol de la Cruz: así es que esta tímida doncella tiembla y se asusta, como la inocente paloma; y en medio de la soledad enclavija sus manos, vuelvo su rostro de un lado a otro, y el relámpago le muestra tres cruces y en una de ellas a su Hijo adorable, destilando la última gota de sangre de su sacratísimo cuerpo en bien de la humanidad; y la noche se acerca, las tinieblas la circundan, oye el vocerío que se aleja, y no puede bajar al Redentor de la Cruz, y bajándolo, no tiene donde enterrarlo, ni sudario en qué envolverlo. Gota a gota destila el llanto de sus enrojecidos ojos; y sí, llorando, vacilante busca un apoyo adonde descansar, extiende los brazos, tropieza con un desnudo cráneo, camina, y a poca distancia encuentra el pié de la cruz, lo abraza tiernamente, suspira, y lanzando un gemido de dolor, cae desmayada y la postrer gota de sangre chorrea sobre su frente delicada y pura... Oh qué espectáculo tan triste! Y no hay quien por caridad se le acerque, ni quien una gota de agua lleve a sus divinos labios.

¡Raza de Adán, ven y mira tu obra!
Jerusalén maldita, recreáte en ella.

*Diez minutos de oración, durante los
cuales, habrá cantos especiales, y duran-
te cortos intervalos se repetirán dos o
tres veces.*

Y. Reina de los mártires.

R. Ten misericordia de nosotros.

SEGUNDO PUNTO

MARÍA CON SU SANTÍSIMO HIJO
EN LOS BRAZOS

Largos instantes permaneció la angus-
tiada Virgen con los ojos cerrados; insen-
sible, apoyada en el madero, pálida, fría,
y sus labios entreabiertos, de cuando en
cuando los cierra y vuelve a abrir, mien-
tras que su corazón se agita en horribles
convulsiones. Parece que sostiene un
diálogo con el Dios de las divinidades: se

queja....y en místico silencio se queja con Él, ¿que le diría aquella alma transida de dolor? ¿con qué elocuencia expondría sus martirios esa Madre abandonada? esa tiernísima Hija, ¿qué diría? ¿cómo buscaría la más pura y delicaba de las esposas las caricias de su Amado? No la responden....no la consuelan; y sus solicitudes se quedán entre la tierra y el cielo, y en la más limpia atmósfera, para que después los ángeles, en solemne triunfo, las presenten al trono de Jehová. Pero mientras....sufre, y en recompensa recibe la corona de los mártires. Pobre criatura!....De repente abre los ojos: se conmueve, tiembla y ve que la rodean unas santas mujeres y un varón justo: todos se ven y todos lloran; todos sufren y se lamentan, y enmudecen todos: la obscuridad va haciéndose más densa, el eco plañidero de las tórtolas se multiplica, y el Verbo está en la Cruz, nadie puede hacerle descender. ¡Oh Dios mío! Las fuerzas nos faltan para proseguir! y ¿cómo es que una tierna mujer resista tanto? De repente, y envueltos en las tinieblas, como surgiendo de ellas, se descubre un grupo de seres que se acercan como fan-

tasmas misteriosos, y en silencio caminan hacia el lugar de la desolada Virgen. Juan se apresta a la defensa, las santas mujeres se agrupan en torno suyo, y llegan unos varones pidiendo permiso para bajar el Sacrosanto Cuerpo de Jesús. Trepan las escaleras del cadalso, éste se estremece, dan golpes y desclavan los piés y las manos del Crucificado, lo despojan de la corona de espinas, lo envuelven en un sudario, y poco a poco descienden con Él hasta ponerlo en los brazos de María. Ya está Jesús en un lecho más suave y puro que si fuera de frescas rosas; y descansa en brazos de la Madre pero nada siente: es oprimido en su purísimo regazo, pero no oye los latidos de aquel Divino Corazón; es interrogado dos, tres, más veces, no responde; recibe ardientísimos ósculos de verdadero amor, no palpa el calor de esos divinos labios, está muerto.... y el llanto de María cae más cristalino y puro sobre la frente del Salvador que el rocío de las flores, que la destilación más perfecta con que regaláran los ángeles al mundo, en las mañanas de Abril. Pero María sí siente, y siente pedazos hacerse su virgen Corazón. ¡Sólo

aquella gracia que recibiera en la Encarnación del Divino Verbo puede acerla resistir! Almas verdaderamente contemplativas: dad libertad perfecta a vuestro espíritu, y ved más allá de lo que estáis oyendo, porque no se puede comprender y menos se puede decir, lo que sufriera aquella verdadera Heroína, aquella mártir del Gólgota, con su divino Hijo en los brazos, cubierto de heridas y de sangre, desfigurado y escupido, hecho pedazos, muerto ¡Oh Dios Santo! Dejen el mundo los apegados a él, los espíritus fuertes, las almas de temple acerado, los pecadores empedernidos, y todos, todos juntos contemplen este cuadro, el más lastimoso de todos, el más elocuente, el más terrible y desgarrador que inventara la justicia Divina.....

¡No hay más allá! Con razón dice la Virgen de los Dolores: «Venid y ved si hay dolor que iguale a mi dolor». Y todavía, pecador, murmuras de la Providencia, crees irresistible una poca de amargura que se destila en tu alma; y amargas, muy amargas te parecen las lágrimas que ruedan de tus ojos, desabrido el pan que

te sustenta, y pesadas las horas de tu existir. Compara uno y otro sufrimiento; mira la desigualdad de las personas; mide los méritos de María con los tuyos, compara una conciencia con otra: y ¿qué respondes? Dobla las rodillas, inclina la cabeza, medita en los dolores de María y alaba a la voluntad de Dios.

La misma práctica del punto anterior.

PUNTO TERCERO Y ULTIMO

SEPULTURA DE JESÚS. SOLEDAD DE MARÍA

Terminaron su diabólica tarea los judíos haciendo morir a Jesús Nazareno: la ley divina y humana han tenido su verificativo, y quizás en la sinagoga un rito sacrilego celebran los sacerdotes, como fundación de la fiesta titular que deberá conmemorar entre ellos el más insensato deicidio. Por aquí y allí habrá escandalosos festejos, parabienes y felicitaciones,

músicas y embriaguez, carcajadas y corrillos; y el César, henchido de orgullo y vanidad, saludará a Pilatos, felicitará a Herodes, obsequiará a Caifás; y éstos, a su vez, harán lo mismo con sus cómplices en tan nefando crimen. Los príncipes y los sacerdotes, los escribas y los fariseos y el pueblo todo, murmurarán brutalmente de los episodios del Gólgota, repetirán sarcásticamente aquellas *siete palabras* vertidas por los labios del Divino Maestro agonizante en la Cruz, se gloriarán de haber hecho estremecer al mundo; en suma; Jerusalén está de fiesta: todos ríen, todos gozan, y nadie se acuerda de la madre del Ajusticiado, nada les importa la debilidad de su sexo, pocos les da su proverbial inocencia, y mientras ellos lanzan agudos gritos y saltan y bailan, la pobre madre del crucificado tiene a la víctima en sus brazos, sin una gota de sangre que anime a su cuerpo, sin un átomo de vida que encienda la luz de sus divinos ojos. Y llora... llora sin cesar, triste, sola, desamparada... y la que es alegría de los cielos está llena de amargura, y como si los sagrados libros hablando de su Inmaculada Maternidad dicen: *El que no*

cabe en los ciclos y en la tierra cupo en Ti, así nosotros consideramos que las amarguras que no caben en el mundo, los sufrimientos que no pudieron soportar las generaciones, y que no experimentarán las venideras, se recopilaron en una inocente criatura, en una mujer cuyos labios respiraban aliento saturado con la divina gracia, que recojen los mismos ángeles; en una mujer cuya mirada es más pura que la oración de los justos, y cuya alma es el regalo de los bienaventurados: cuyo corazón fué formado por las manos del mismo Dios. ¡Oh María! No me atrevo a preguntar por qué sufres, que bien lo sé: no desconozco la causa que os ha colocado, como una pequeña esponja en medio del océano de los sufrimientos, *como lirio entre las espinas.*

Despojaron a María Santísima de su precioso tesoro: colocaron el Sacrosanto cuerpo de Jesús sobre una sábana puesta en tierra, limpiaron sus heridas, enjugándolas las besaron, y la Santísima Señora de rodillas contemplaba aquella postrer maniobra; y las santas mujeres desgarrando el alma daban prolongados gritos de

dolor, mientras Juan, el que después debiera narrar estos funestos episodios a todas las generaciones ayudaba a aquellos hombres piadosos a embalsamar a Jesús. ¿Qué sentiría la inmaculada Virgen cuando la pusieron en sus delicadas manos aquella corona de espinas, tejida de juncos y con cabellos arrancados al Hijo de sus entrañas? ¿Qué experimentaría, cristianos, al recibir los clavos con coágulos de sangre, con partículas de aquella *Hostia pura*, inmolada en el ara de la Cruz? y ¿cómo quedaría aquella alma al ver el fruto de su vientre tan hecho pedazos? Pero ya es hora. . . . Aun no está concluída la obra, falta el supremo golpe; todavía queda acóbar en la copa del infortunio, y fuerza es verterlo todo, todo en el alma de María. . . . Ya va a dar el postrer *adieu* a su Dios; va a imprimir por último su quemante beso en la frente de su Hijo, y temblorosa como la azucena, sigue el cortejo funerario; sus radiantes pupilas fijas están en el cadáver de Jesús, sus labios entreabiertos ya no se quejan, y el corazón se le hace pedazos, su cuerpo vacila o camina a paso lento la Insigne Mártir, hasta llegar a la carcomida roca; deposi-

tan allí los Sacrosantos restos, los cubren con una losa, se oye un profundo gemido y . . . allí todo acabó . . . Allí fué el apoteosis del dolor: allí fué lo que no se puede imaginar, pasó lo que no sabemos decir . . . y María quedó sola, bebiendo su llanto, contemplando el tristísimo final de la Redención del Hombre.

Allí se le agruparon a la imaginación todos los hechos misteriosos de la vida de Jesús, allí recordaba sus caricias, sentía los besos; veía sus lágrimas, oyó los azotes, los martillazos, la gritería de la soldadesca y . . . todo: pero todo acabó materialmente, y todo existe en el alma de María, para atormentarla, para hierirla, para hacerla sufrir. ¡Pobre corderita mansa! pobre madre! . . . ¿A dónde están San Joaquín y Señora Santa Ana que no ven a su Hija predilecta gemir tanto y tanto llorar? ¿Adónde está el castísimo Esposo que muriera de dolor si la contemplara en aquella terrible soledad? ¿Adónde en fin está el Arcángel Gabriel? que venga a ver a la Esclava del Señor, y que vea como sostiene aquella heroica frase del «hágase en mí tu palabra» . . . Pero nadie se le

acerca, ni sus propios hijos, a quienes acaba de dar a luz en tan acerbos dolores. . . . Vedla pues cristianos! . . . Allí está. ¡Sin Padre, sin Hijo, sin Esposo, sin hogar, sin alimento; sin nada! y pide una limosna! Vamos, vamos pues a dársela; una lágrima, un suspiro . . . ¡una sola alma por el amor de Dios!

La misma práctica de los puntos anteriores; y para concluir, deben de rezarse las tres Avemarias, con que se concluye el santo Rosario, y enseguida la Letanía de la Santísima Virgen.

UNA ORACIÓN POR EL AUTOR





TRIDUO

DEDICADO AL

Sagrado Corazón de Jesús

ORIGINAL DEL PRESBITERO

Ignacio G. de Arriaza

para que se rece miércoles, jueves y viernes de
cada semana, muy en particular cuando haya
alguna aflicción.

Con fecha del 21 de Agosto de 1905 el autor regaló la propiedad de esta obra y la de todas las obras que ha compuesto al Monasterio de la Visitación de Valladolid.

Para alcanzar la gracia que se pide procúrese hacer este tríduo comulgando los tres días, o al menos el último.

Puesto de rodillas delante de la Sagrada imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y después de persignarse se dirá la siguiente:

ORACION PREPARATORIA

PARA LOS TRES DÍAS

Alma mía, suave aliento de la Omnipotencia, a quien adorna con las riquezas de la memoria, la grandeza del entendimiento y la hermosura de la voluntad; despierata y oye el eco dulcísimo del verdadero amor que interrumpe tu pesado sueño. Alma mía, ¿estás triste? ¿tienes pesadumbres? ¿sientes dolores? Levanta los ojos y mira a la misma alegría de los Angeles que llama a tu puerta para consolarte, que te busca para darte contentos y viene cuando estás más sola y sumergida en la aflicción. Yo soy el Corazón de Jesús, te dicé: «Soy la misma bondad, la sabiduría, la gracia, la riqueza, la salud, cuanto tú desees; ámame y sin que me pidas te daré cuanto quieras; ámame y te daré una porción del reino que poseo» ¿Permanecerás como las peñas, sin movimien-

to, sin voluntad, después de oír tan amoroso convite? ¿te resistirás al llamado de un buen padre? ¿tienes vergüenza? deséchala y corre a sus brazos, ¿estás cargado de pecados? llégate a sus piés, arrójate a ellos, pídele perdón y te dará gracia; en la mesa de los Angeles te nutrirá con los manjares de la fortaleza. Sí; alma mía; Jesús ansía por tí, Jesús te llama, Jesús te busca, quéjate y serás rica, pide y recibirás.

ORACION A LA SANTISIMA VIRGEN

PARA LOS TRES DÍAS

Madre amorosísima del Sagrado Corazón de Jesús. Yo soy indigno de levantar la voz para hacer una petición a tan alta Majestad; y sin embargo, tengo necesidad y nadie me la puede socorrer más que Aquél que nació de tus purísimas entrañas. ¡Ay! dulce consuelo mío, tengo el corazón marchito por la pesadumbre y mi frente se inclina al peso del dolor. Busco de Jesús los favores, pero soy pecador y no puedo usar de la franqueza de

los bienaventurados; pero tú, que eres refugio de pecadores, oye mis plegarias y haz que se acerquen al Sagrado Corazón de Jesús, para que movido a compasión perdone mis faltas y oiga que le pido por tu amarga soledad, que remedie las congojas que en este tríduo le expondré en memoria de las tres horas que sufrió en la Cruz. Oyeme Señor, y pide por quien lleno de confianza te dice, Ave María.

Se reza una Ave María y gloria y en seguida el

ACTO DE CONTRICCION

PARA LOS TRES DÍAS

Corazón adorable de Jesús, el último de vuestros hijos y el primero de los pecadores, se encuentra delante de vos con grande necesidad y temeroso de pedir el remedio de ella. Mucho tiempo he sufrido mis martirios, y en silencio he pasado las horas bebiendo por ellos el llanto sin atreverme a pedir consuelo: pero ya estoy cansado, ya no puedo resistir más lo amargo de mi dolor, y aunque veo la justicia con que padezco, al fin estoy de rodillas diciendo como el profeta: «De-

lante de Tí he pecado, y todo lo malo he hecho delante de tí. . . .» Atended Dios mío, que entre gemidos se escapa de mi alma la voz del arrepentimiento, y juzgadme según vuestra infinita misericordia. Es verdad, Señor, que más de una vez he quebrantado mis propósitos; que entregado a los desvaríos y excesos del mundo, me encerré en un círculo de vicios, siendo tipo de orgullo, foco de vanidad, modelo de perversión; es cierto que olvidé tus preceptos y menospreciando a la virtud, desoí los repetidos gritos de mi conciencia; es la verdad Dios, mío, que provoqué vuestros enojos, y que entre mis maldades, pude haber rodado alguna vez a los infiernos, y vos, ¡oh pacientísimo Jesús! diciéndome a cada paso, y en donde quiera: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Todo es cierto, Señor, pero también es verdad que sois grande, generoso y compasivo; hechos que acreditan mi existencia a pesar de mi maldad, porque ¿qué os obliga a guardar una miserable vida? ¿qué os detiene para no pulverizar una porción de tierra? ¿qué esperáis de la misma nada o de una criatura que produjo el pecado? ¡Ah

Dios mío! yo veo que me amáis y que por toda recompensa, con mis acciones os he dicho como Luzbel «¿quién como yo?» infeliz de mí, hormiga despreciable, y asqueroso gusano; ¿qué pretendí? ¡Ah Señor, castigad, herid, quemad y cortad, destruid y aniquilad a quien tanto os ha ofendido, aunque yo quisiera la vida para publicar vuestros prodigios y hacerme esclavo de gratitud. Por eso estoy aquí, como el ciego de Jericó, diciéndoos como él: «Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí!» Yo soy Longinos, el mismo que os hirió; pero ya tengo luz en mis ojos y he visto que pequé; pequé como la Magdalena, Jesús mío! y héme aquí regando mi llanto desaciéndome en suspiros. . . . Acordaos que sois la resurrección y la vida y resucitadme como a Lázaro; perdonadme como a la mujer adúltera; vivid en mi corazón como vivisteis en el Corazón de Santa Getrudis; purificadme para vivir con vos y por vos; y si este ruego soy indigno de alcanzar, desde ahora me humillo alabando vuestra santísima voluntad, e inclino la cabeza suplicándoos al menos acepteis que desde hoy lleve el honroso título de indigno esclavo del Co-

razón de Jesús, tomándoos por modelo, entregándome todo a vos, en quien espero el remedio de tantas necesidades que me aflijen, y una muerte feliz y dichosa para alabaros eternamente en el cielo. Amén, Jesús.

Enseguida se rezará el siguiente:

PRIMER DIA

Vuelvo a tus piés. ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús! vengo a mostrarte el mío seco y marchito por la amarga pena: vengo a quejarme ¡Jesús mío! y a pedirte el remedio en mi aflicción, como que eres mi amoroso padre! mi refugio, mi consuelo y mi esperanza. Mi tribulación es justa y no conforme a lo que merezco por mi maldad; pero ya no puedo resistirla aunque mi espíritu está conforme con tu santísima voluntad. Templa Señor tus enojos, y mira que en medio de mi pequeñez, reconozco tu grandeza; mira, centro de bondad, que te pido con fé y que puedes darme el consuelo que te pido ¿me oyes Jesús mío? ¿me levantaré sin tus favores? No, mi amoroso Padre, socorre mi necesidad por aquellas que experimen-

tó la Santísima Virgen al pié de la Cruz,
por su dulcísimo nombre, por tí mismo y
finalmente por caridad. Amén.

*Se hace la petición y enseguida se reza
lo siguiente:*

Jesús mío; muévaoa a compasión mi dolorida
queja. *Padre nuestro y Gloria.*

Esperanza y refugio mío: oid mis lamentos y dad-
me lo que os pido. *Padre nuestro y Gloria.*

Señor, vuestro siervo llora y está a vuestros piés
Padre nuestro y Gloria.

Unico amparo a quien me acojo no cerréis las
puertas de vuestro Corazón en los momentos que
llama un pecador. *Padre nuestro y Gloria.*

Socorro Señor: socorro pide un infeliz; no se lo
niegues. *Padre nuestro y Gloria.*

Se concluye el día con las siguientes

SUPPLICAS

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

V. ¡Oh corazón Sagrado
Manantial de protección.

R. *En tí Señor he confiado
No desprecies mi oración.*

V. Remedía dueño adorado
 Mi amarga tribulación.

R. *En tí Señor etc.*

V. Mírame Señor postrado
 En la amarga decepción.

R. *En tí Señor etc.*

V. Estoy de penas cercado
 Tengo duelo y confusión.

R. *En tí Señor etc.*

V. Mi espíritu aprisionado
 Ya se extingue de aflicción.

R. *En tí Señor etc.*

V. A tí Jesús he buscado
 Como paz del corazón.

R. *En tí Señor etc.*

V. Tus manos me han prodigado.
 Tesoros de salvación.

R. *En tí Señor etc.*

V. Muchas veces te he llorado
Por menos tribulación....

R. *En tí Señor etc.*

V. A tus piés arrodillado
Espero hallar compasión.

R. *En tí Señor etc.*

No me desprecies, Señor,
Por tu nombre, o por piedad,
Atiéndeme por favor
Y mira que un pecador
Te pide esta caridad.....

DIA SEGUNDO

¡Oh Corazón Sagrado de mi buen Jesús!
¡Con cuánta confianza vengo a vuestros
piés! y con qué entusiasmo os grito ¡Se-
ñor! ¡Señor! llamo a vuestras puertas
como el infeliz peregrino. Soy oveja de
vuestro rebaño, Señor, Señor, ¡oséme
por piedad! abridme vuestro corazón que
traigo la insignia de la Cruz y el sello de
vuestra sangre, Señor, Señor, soy el
hambriento que os pide el pan de consue-
lo, y una gota de agua del piélago de vues-

tras misericordias. ¿Me oís? llamo una vez y otra vez ¿y no me abríis aquel raudal de tesoros para tomar la porción que tomara una hormiga, un gusanillo o el más diminuto reptil! ¡Nó! no me dejes perecer en mi necesidad que en humilde recompensa os daré. ¿qué os daré si nada tengo? ¿qué queréis que os dé, cuando vengo a pedirlos? Nada tengo, nada soy, nada valgo; pero si algo encontráis en mí, tomadlo; yo os lo ofrezco así como esta miserable vida que respiro; y los mayores sufrimientos, penas, congojas, contentos y martirios que me tengáis preparados en este valle de lágrimas. Sí, Dios mío, a Vos pertenezco y a Vos toca prodigar el consuelo que os pido. Quitadme este dolor que amarga mi existir, destruid con solo vuestra voluntad esta pena que me aflige, y dadme la tranquilidad que busco. Si esta petición no es conforme con vuestros altos designios, haced de mí lo que os plazca, atormentadme más y más, hasta extinguir mis culpas y merecer el contento de haberme purificado en esta vida para mereceros en la otra. Amén.

Schuce la petición. En seguida se rezan los Padre nuestros, concluyendo como el primer día.

DÍA TERCERO

Amorosísimo Corazón de Jesús, aquí estoy de nuevo con mis quejas y lamentos, para instaros otra vez, Señor, y pedirós socorro en mi necesidad. Yo bien sé que más os agradan las querellas del pecador, que las más ricas ofrendas: y bien sé que quedas más complacido con los suspiros de la oración que con los cantos de las aves, los preludios de la orquesta, los olores de la flor, yo por fin comprendo la ternura a que os mueve el alma más afligida y la criatura agonizante en la aflicción; por eso vengo, ¡oh Corazón de Jesús! a derramar mi lloro a vuestros piés y a pedirós a gritos el dulce consuelo que busco. ¡Corazón de Jesús! ófídmeme por aquella amargura que experimentásteis en el huerto de Getsemani; por los tormentos

que os afligieron tanto en la noche de la última Cena; por aquel fatal trance que se verificó en la calle de la amargura, en contrando a vuestra Santísima Madre. . . . Basta de aflicción Dios mío, basta de duelo y tened misericordia de esta humilde criatura, por vuestro dulce Corazón, por el corazón de las vírgenes que viven consagradas a Vos; por el corazón de los niños que se mueren en la gracia; por el virgen corazón de Santa Gertrudis que tanto amastéis, y finalmente, por el dulcísimo Corazón de María Santísima. Sí; Padre mío amorosísimo, compadeceos de mis ruegos, movéos al oír mis súplicas, ved mis llantos de dolor y haced que mi voz ya no sea de desconsuelo ni de quebranto, sinó que continuamente se deshaga mi lengua en fervorosas exclamaciones de gratitud, y que viva siempre amandoos, reconociendoos y suspirando por la feliz morada del Corazón de Jesús. Amén.

*La petición y después los cinco Padre
nuestros, concluyendo como el primer día,*

y para finalizar el triduo. se rezará la siguiente que puede también rezarse los tres días.

ORACION A LA STMA. VIRGEN

¡Amorosísima y tierna Madre mía, en quien he puesto mi confianza! yo no sé con qué voces pedirte me alcances del Sagrado Corazón de Jesús las gracias que solicito. Apuro mi mente y no encuentro en ella frases que interpreten mi dolor. He llorado Señora, pero mis lágrimas carecen de elocuencia; he suspirado mucho, pero mi aliento corrompido con la maldad, tal vez no llega a tus pies. María, mi dulce Madre: Tú que conoces el lenguaje de tus hijos, traduce el mío balbuciente y torpe, y aclara mi humilde petición, sé mi intérprete para con Jesús, dile que no sé hablar, que mi lengua de mortal, sólo vierte frases en el idioma de los hombres. Haz Señora, que fije sus divinos ojos en esta alma pobre que se inspira en el dolor, y ruegale, pídele que corone mis desvelos; que favorezca mi petición y que acepte

este triduo en memoria de sus agonías. ¿Me desampararás, Madre mía? quedarán a los vientos las súplicas que te hago; En fin, Señora, si encuentro remedio en mis congojas; pediste y me convino; y sino será, para mejor, y que se haga la Santísima voluntad del Sagrado Corazón de Jesús. Amén.

